

COMEDIA FAMOSA.

LA ESCUELA DE LA AMISTAD, Ó EL FILÓSOFO ENAMORADO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Doña Ines.

Don Silvestre, su hermano.

Doña Luisa, prima suya.

Benita, Aya de Ines.

Don Fernando, Caballero, Galan.

El Marques de la Espina, Jóven.

*Don Felipe, Filósofo, de edad ma-
dura.*

Roque, Criado de Felipe, Escolar.

Un Alcalde de Corte.

Un Escribano.

Unos Alguaciles.



ACTO PRIMERO.

Quarto en casa de Don Silvestre.

ESCENA PRIMERA.

Aparece Doña Ines leyendo: Benita á su lado observándola.

Ines. **T**odo me cansa. Ay Benita!
quándo lograrán remedio
mis males? *Ben.* Quando el salvage
de Don Silvestre, cediendo
á su insensata avaricia,
quiera venturosa haceros.

Ines. Por Dios, no me le motejes,
que al fin es mi hermano. *Ben.* Quiero
motejarle, sí señora,
y desalmado perverso
le llamaré si me enfada.
Qué es el lance para ménos?
Ahí es nada! á una muchacha
con una cara de cielo,
con mil gracias peregrinas,
que en su boca, en sus ojuelos,
en su talle, en toda ella
es el hechizo del pueblo,
ponerla en venta, obligarla
á que con un majadero,
calabruela, aturdido,
case, solo porque el necio
en títulos y opulencia,
no en gallardía ni seso,

excede al jóven amable,
que sojuzgó vuestro pecho.
Y esto ha de sufrirse? Digo
y redigo, que detesto
á vuestro hermano, y que es:-

Ines. Benita, si lo sabemos,
si nos consta la avaricia
de mi hermano, si su genio
no se presta á otros designios,
que á aquellos (ay triste!) á aquellos
que el interes acompaña;
si el honor, si el sentimiento
de la humanidad en él
sordos están, quando el eco
de las riquezas escucha;
qué valen nuestros lamentos?
qué pueden nuestras congojas?

Levántase.

Yo no he de doblar el cuello
á la infamia de sus miras:
libre nací, y te prometo,
que en mi libertad mi hermano
nunca ejercerá su imperio.
Pero conozco tambien,

MA 1090983
MA 1090983

que en mi situación no puedo resistir sus tiranías.

Bien sabes que toda pendo de su arbitrio: nuestros padres amplia facultad le diéron para que solo á su gusto se hiciese mi casamiento: fué prevencion imprudente, pero obedecerla debo.

Quejas, lágrimas, suspiros, querellas, inútil medio son con necio inflexible, que tiene solo por bueno lo que á su intento acomoda. Llamar la muerte en silencio, y hacer que el paso apresure con el pesar encubierto, es solo el remedio fácil

que me queda. *Ben.* Bien, por cierto!

Este es el mundo: que pague la inocencia los excesos de la maldad! Señorita, y á qué viene el embeleo de toda aquesa firmeza, de ese animoso despecho, si sé yo, que á vuestros ojos quiere asomarse el violento pesar que el pecho os oprime; y pucheritos haciendo, busca el alma un desahogo, que la aligere del peso de su dolor? La desgracia os desespera: lo veo.

Vaya, no andemos en fiestas: jamas esperan los muertos alivio en sus aflicciones.

Morirse! A querer hacerlo vuestro hermano, vaya en gracia; Dios le dé buen paradero; pero vos? *Ines.* Benita mia, sin ti cuánto desconsuelo fuera el mio! *Ben.* Ah, picarueta! os sonreis? he, yo apuesto á que sabeis que he citado á Fernando, al embeleso de vuestro amor. *Ines.* A Fernando?

Ben. Toma: pues qué tiene esto de extraño? *Ines.* No sabes:- *Ben.* Sí: dos años ha, ó dos y medio,

que os amais. Bien: no es muy rico, pero es galan por extremo, liberal, pundonoroso, muy juicioso y muy discreto, tanto mejor para vos:

y oxalá que todos ellos fuesen así. A Don Silvestre pidió vuestra mano, y luego se la otorgó, penetrando la conveniencia que de ello se le seguía en echar de su casa vuestro cuerpo, y quizá el mio. Bien va: aparecióse á este tiempo ese Marques de la Espina, fastidioso, vano, inquieto, fanfarron, impertinente; y enamorado el camueso tambien de vos, se presenta muy pagado y satisfecho de que os merece y os pide. Excede en lustre y dinero al pobre de Don Fernando: y vuestro hermano, rompiendo la palabra que á este dió, os ofrece al Marquesuelo, y despide á vuestro amante.

Qué alma! Por fin, deshecho el primer nudo, se trata de ataros á un himeneo que detestais: y quién puede, decidme, remediar esto, sino Don Fernando y vos? Dentro de pocos momentos estará aquí:- vuestro hermano salió ya. Conviene presto armarse contra dos tontos, que consumir han resuelto vuestra desgracia. Estos males jamas el abatimiento los cura. Quién anda ahí?

ESCENA II.

Fernando y los dichos.

Miren si vino ligero el paxarito á la jaula.

Fer. *Ines?* *Ines.* Fernando?

Ben. Qué bueno!

Ines? Fernando? y se quedan pasmados como dos leños.

Es-

Esto es amor? Yo por mí,
de amor tan tibio reniego.

Fer. Ay Benita, que no sabes
quánto acobarda el extremo
de un peligro irremediable!

Ben. Ay Don Fernando! Yo creo
que amar y dexar la Dama
abandonada á los riesgos
de su suerte, mas que amor
es indiferencia ó miedo.

Qué os habeis hecho estos dias?

Fer. Benita, yo lo confieso:
despecharme, respetando
el ya prometido lecho
de Ines: esposa de otro,
aunque á mí pesar, no puedo
exponerla á los halagos
del aun no apagado afecto.

Ines. Esposa yo de otro! y tú
lo pronuncias! Ah! primero
faltará la luz del dia,
que en mí falten los esfuerzos
para mantener constante
la fe de mis juramentos.
No seré agena, si tuya
no llego á ser.

Ben. O qué tiernos,
y qué mentecatos! miren
qué espíritu, qué manejo
para salir de un apuro!
Señor mio, y ese genio
tan sutil, tan penetrante,
que sabe decir conceptos
tan lindos y remilgados,
de qué sirve en un aprieto?
Está la triste clamando
por vos, os estais muriendo
por ella, aprieta el hermano,
insta el Marques, yo venciendo
mil contingencias, os junto
para que salida demos
á tanto mal, y Fernando,

*Ines, te amo, te respeto,
no seré agena.* Perdidos!
de lo que importa tratemos,
que si se logra, hartos ratos
os quedan para requiebros.

Fer. Vive Dios, Benita, que eres
terrible. Pues yo qué tengo

que pensar, si esta desdicha
es inevitable? El terco
capricho de Don Silvestre
no conoces? No estás viendo
la inexorable fiera
de su avaricia?

Ines. Ay! te entiendo,
infiel: tú me has olvidado,
y acudes á este pretexto
para dorar la inconstancia
de tu corazon. Gimiendo
por ti en soledad amarga,
ni aun he tenido el consuelo
de un recado tuyo, en esta
turbada ocasion, en estos
fatales dias, que anuncian
mi pena y mi llanto eterno.
Vienes á verme llamado,
urge el peligro, me presto
á quanto para evitarle
dispongas, y tibio, yerto
ni aun á aliviarme te inclinas
con aquellos flajimientos
que dicta la cortesía.
La aspereza de tu ceño
me dice bien la mudanza,
que yo (ay de mí!) no merezco.

Fer. No, mi Ines, de este delito
no me acusa, no, el interno
sentimiento, que en el alma
dura por mi mal impreso.
Quanto mas léjos te miro
de mí, tanto mas el fuego
crece de mi amor: te adoro,
mas que nunca te deseo.
Mas no es mi amor de linage
tan desatinado y ciego,
que por dar pasto á sus ansias
atropelle tus respetos.
Te amo yo mucho, Ines mia,
para que por mis despechos
quede tu amor empeñado;
adoraréte muriendo
en ausencia lastimosa;

Llora.

y dente, dente los Cielos
tantas dichas con tu esposo,
quantas me niega el funesto
rigor con que la desgracia
persigue el cariño nuestro.

Quiere irse Benita gimiendo, y queriendo reprimir el llanto, lo advierte y le detiene.

Ben. Vaya, no seamos niños.
Me afligen:— Qué amor tan tierno, y tan infeliz! Mas, ola, adónde vais? De aquí dentro no podeis salir sin orden mia: pues estamos buenos!
Me han hecho llorar, y quieren hacer mi llanto perpetuo.
Escuche el señor babieca: tan mal juzga del talento del aya de Ines, que tiene por imposible hallar medios para cortar estos daños?
Su felicidad han puesto á mi cuidado, y me toca hacerla feliz. Dexemos boberías amorosas, y vamos al grano. Es cierto que vos, señor Don Fernando, estais (clarito) dispuesto á casar con esta niña in facie Ecclesie? *Fer.* Mi anhelo no es otro. *Ben.* Y vos, Madamita, admitis por novio vuestro á este caballero almirar?

Ines. Benita, esos devaneos de tu buen humor, ó cuánto son importunos! *Ben.* Presto: no nos andemos con dengues: sí ó no, como el Evangelio nos enseña, y yo mil veces os enseñé. *Ines.* Mis deseos, quién mejor que tú los sabe?

Ben. Pues bien: todo así supuesto, vos, Don Fernando, teneis algun amigo mostrenco, limpio de muger del todo, que en riqueza y nacimiento exceda al Marques de Espina?

Fer. Joven? *Ben.* O joven ó viejo, todo es uno para el caso.

Fer. Entre mis amigos cuento por el mayor y mas fino á Don Felipe Cisneros, hombre ya de edad madura, riquísimo, y en extremo

prudente y pundonoroso: pero de tan tosco genio, tan raro y extravagante, que entre sus libros envuelto, vive para sí, ignorado del mundo, que con desprecio él mira tambien. *Ben.* Muy bien. Pero ni por nuestro sexo conoce el mundo? *Fer.* Sin duda.

Ben. Es que hay muchos que en encierro viven sin salir al mundo, porque algun mundo pequeño les impide la salida; y seria chasco fiero ir á buscar hombre libre, y hallárale como yo pienso que están muchos. *Fer.* Es completa su falta de trato. *Ben.* Bueno. Grande hombre! de estos hay pocos. Pues, amiguito, muy serio, muy eficaz y muy pronto, id á ese amigo corriendo, volando, y aconsejadle, que se declare en efecto amante de Ines: que trabé amistad con el podenco de Don Silvestre; y con varias indirectillas, suspensio le tenga de tal manera, que se le imagine muerto por Ines, y que la quiere para muger. De este enredo comprehendéis ya las resultas?

Ines. Ay Benita! por tu zelo qué gracias podré yo darte? abrázame. *Se abrazan.*

Ben. Y veinte besos te he de dar. Ola, te ries? vaya me alegro, me alegro: á mí me cuesta el trabajo, y tú logras el recreo.

Fern. Pero, Benita:—

Ben. He! embarazos, y reparitos? qué es ello? Hay que vencer cien vestiglos? hay que hacer blanco lo negro?

Fern. Eres atroz, pues no adviertes:—

Ben. Señor mio, lo que advierto es, que vos sois un menguado.

Venid acá, concibiendo
Don Silvestre, que le sale
boda mas rica al encuentro,
no es fuerza, que en hora mala
envie aqueste rontuelo
de Espina, como por él
os desayró á vos? Tan lerdo
sois, que se os pasa por alto
lo que se ofrece al ingenio
de una muger?

ESCENA III.

Luisa y los dichos.

Luisa. Dice bien,
y yo por mi parte apruebo
todo, todo, y es preciso
lo que Benita ha dispuesto
executar sin tardanza.

Fer. Señora, los pies os beso
por el favor de querer
convertir en embustero
á un amigo mio. *Luisa.* Todo
lo he oido, puesta en acecho
en esa pieza; y afirmo,
que si os resistis á hacerlo,
para mí fuerais el hombre
mas débil del universo.

Ines. Si no es eso, prima mia,
si es que ya este Caballero
tiene ocupacion mas digna:
ó por serle ya molesto
un afecto conseguido;
quiere cubrir los desprecios
con el honor: hace bien.
O! sus nobles sentimientos
no son dignos de mancharse
con un deshonor tan nuevo,
como impedir la desgracia
de una infeliz. Me avergüenzo,
ingrato, de haberte amado:
ya por fin experimento
la causa de tu retiro.
El honor, el verdadero
honor, consiste en guardar
la fe, que el labio sincero
pronunció una vez. Ea, vamos
de aquí. *Ben.* Vamos: bien hecho.
Si creerá que se le ruega?
Pues ciertamente perdemos
una linda conveniencia!

Beleta, insensible, yelo:
qué gracias para rogadas!

Fer. Ines, Ines; tus rezelos
quánto me cuestan! ó Amor!
si á complacerla me ofrezco,
disculpa tú mis delirios
en gracia del dulce objeto
que me los inspira. Voy
á obedecerte. Mas quedo
en gracia tuya? *Ben.* Qué gracia!
Jesus! qué duros, qué tercios
son los hombres! Y el trabajo
que nos cuesta vencerlos!
Vaya el señor Don Quixote,
y desempeñe el proyecto
con figura, que despues
no faltará algun pretexto
para que arrojado Espina,
ese Filósofo huero
se retire, y quede el campo
por Don Fernando.

Luisa. Y yo quiero
tambien poner de mi parte
un poquito:-- Ah! sí: el secreto
guardadme, porque es encargo
hecho con grandes misterios
y ponderaciones:-- Pues

Todo con ironía graciosa.

como digo de mi cuento,
es de saber que me adora,
y se muere por mis huesos
el señor Marques de Espina.
Supongo que tendrás zelos *A Ines.*
de mí: mas cómo ha de ser,
si herido el pobre mancebo
está de mi fermosura?
Díxomelo retorciendo
ocho veces la cabeza.
Dió seis suspiros; y un vuelco
le dió el corazon tan fuerte,
segun dixo, que á quererlo
yo agarrar con estas manos
pecadoras, no hay remedio,
á la hora de esta el Marques
iba ganando dinero
sin corazon por el mundo.
Yo vergonzosa me acerco
y le digo: Y es verdad?
Cómo? (dixo) poseeros

fuera mi mayor ventura.
 Pero como á Ines ya debo
 mi palabra, no es posible
 desbaratar el concierto
 sin deshonor. Sin embargo,
 no es vileza, á lo que creo,
 casar con ella, y á vos
 ofrecer los rendimientos
 de mi espontáneo cariño:
 con reserva bien podrémos
 adorarnos. *Ines.* Eso dixo?

Luisa. O! es finísimo sugeto.

Ben. Qué extrañais? Es sabio el siglo;
 y ésta es la virtud del tiempo.
 Mas oid. El picaporte
 suena en la puerta. A esconderos,
 que es el coco. *A Fernando.*

Fer. Yo esconderme?

Frente á frente, vive el Cielo,
 le he de expresar mis agravios,
 ya que en tal trance me ha puesto.
 Padezca mis justas quejas,
 pues sus desayres padezco.
 No las oigas tú, Ines mia,
 por no exponerme. *Luisa.* En efecto:
 hagamos la última prueba.
 Puede ser: Sí, habladle recio,
 y veamos si se rinde,
 que tambien yo hacer pretendo
 mi papel: y en todo caso
 en la calle esperad luego *A Fernando.*
 un aviso. Idos que llega:
 idos aprisa.

Ben. Qué gesto! *Vanse Ines y Benita.*

ESCENA IV.

Sale Don Silvestre.

Sil. Qué es eso! Por qué huyen esas?

Pero vos aquí? Qué es esto? *A Fer.*

Fer. Pues que inconveniente:-

Luisa. Primo,

ya es necesario que hablemos
 claro, claro. Tus caprichos
 de tal modo han descompuesto
 á Ines, que ciega al decoro
 de esta casa, y tus preceptos
 atropellando se vuelve
 á su cariño primero
 con vehemencia irremediable.
 Yo la riño, la contengo,

pero:- Sí, bonita es ella
 para escuchar los consejos
 de su prima! En fin:- Buen Dios!
 en qué embolismos nos vemos
 sin necesidad! *Sil.* Y bien:
 qué hace aquí este caballero?

A qué ha venido? No sabe:-

Luisa. Ya te pesará saberlo.

Ines llamó á Don Fernando,
 según lo que yo rezeló;
 y solos en esta sala
 ahora los hallé *Sil.* Y consiento
 tal osadía? Señor,
 ya os he dicho que no os quiero
 para cuñado: hay tal tema!
 tengo ya su casamiento
 tratado, vuelvo á decirlo:
 y á ella de su atrevimiento
 yo haré que le pese.

En ademán de irse por donde entró Ines.

Fer. Y cómo?

Adónde vais? Deteneos:
 de qué os admirais? Vos mismo
 no disteis á este suceso
 causa bastante, aprobando
 la inclinacion, los anhelos
 de Ines y míos? Y yo
 con vuestro consentimiento
 no la amé, no la seré,
 no me imaginé ya dueño
 de su belleza? De qué
 podeis ahora suspenderos,
 quando mi honor agraviado
 debiera, sí, vive el Cielo,
 vengar la infame repulsa
 con que vilmente grosero
 me ofendisteis? Me merece
 desprecio y horror (sabadlo)
 un enlace, que con vos
 pudiera estrecharme; pero
 Ines, la oprimida Ines,
 no debe, no, al indiscreto
 poder de un hermano avaro
 quedar expuesta. Os protesto,
 que acudiré á sus alivios
 sin temor, sin miramiento
 siempre que los necesite
 de mí. *Sil.* Cómo, cómo es eso?
 sois un atrevido, y yo

ha-

haré (de cólera tiemblo)
que os pese.

Fer. Qué ha de pesarme?

solamente conoceros

me pesa:— Señora, á Dios.

Lo dicho dicho: entendeislo? *Vase.*

Sil. Con que yo no he de poder

mandar en mi casa? cierto,

que está buena la aprehension.

Mi padre en el testamento

dexó á mi arbitrio la boda

de Ines, sí señor; y puedo

casarla con quien yo quiera:

y ni vos ni el mundo entero

me ha de obligar á otra cosa.

Luisa. Silvestre, mira, acordemos

lo mas acertado. *Sil.* Tú

tienes de estos embelecos

toda la culpa. *Luisa.* Yo?

Sil. Tú:

quando yo salgo, no dexo

encargado que ninguno

me entre en casa? *Luisa.* Segun veo,

tú ignoras lo que es amarse,

inconvenientes, tropiezos

no conoce amor, si llega

á ser vehemente. Sosiego,

primo mio; ya se vé,

siempre de negocios lleno,

es difícil que conozcas

las etiquetas, los duelos

de esto que llaman honor

esos mozalvetes bellos,

que son de la sociedad

el alma y el ornamento.

Sil. Y á qué viene tal arenga?

Luisa. Escucha. Quando á uno de ellos

se da una palabra en cosa

sétia y de honor, son tremendos

sino se la cumplen. Digo,

y si el amor de por medio

anda, una region de diablos

se les reviste en el cuerpo,

que no hay quien pueda sufrirlos:

de aquí para allí corriendo

van entónces como locos,

deslumbrados, turbulentos;

y lo peor, recetando

tajos á diestro y siniestro

contra el que de su palabra

retiró la fe. *Sil.* Ni entiendo,

ni me paro en fruslerias

de esa especie. A mis abuelos

oí siempre decir, que el sabio

muda de opinion. Repruebo

hoy lo que ayer aprobaba,

porque mudáron de aspecto

las circunstancias, esto es,

el interes, que es el centro

adonde va á parar todo

quanto hombres tontos ó cuerdos

executan. *Luisa.* No, Silvestre,

hay casos en que lo opuesto

es lo que celebra el mundo;

y el crédito no es pequeño

don, para quien con hombres

ha de vivir. Por exemplo:

conversando aquí á sus solas

una hora, y aun mas (no miento)

Ines con su amante estuvo.

Es muy fácil que á entenderlo

llegue el vulgo: este jamas

piensa bien: cerre el suceso

de boca en boca, abultado,

sino con colores feos,

con maliciosos donayres.

Oyelo el Marques: yo apuesto

á que en el punto, ó se niega

al matrimonio, ó ardiendo

en cólera á Don Fernando

busca y le conduce á un puesto,

donde por Doña Inesita

estropeados ó muertos

queden los dos. A esto llama

honor el mundo: y dispuesto

así ya, no hay que cansarse;

fuerza es que nos conformemos,

ó qual brutos entre breñas

negarse á todo comercio.

Sil. Sí señora, lo conozco,

lo conozco, y los excesos

se bien de ese honor maldito.

Que sean tan majaderos

los hombres! Pues yo, qué gano

con un ayre, con un viento

que llena solo mi oido,

y no mis arcas? Dinero.

Luisa, este es el honor:

quien

quien le tiene es noble, excelso, prudente, sabio, lo es todo: sin él, nadie es nada. Estemos en que el Marques de este lance nada ha de saber. Cubierto quedará así el desatino de una loca, y no habrá estruendos ni inconvenientes.

ESCENA V.

Sale el Marques de la Espina sofocado.

Esp. Que á un hombre como yo, con tal denuedo, tal desacato, tratase un hombre medio plebeyo, un:- *Sil.* Señor Marques, que enojo es ese? *Esp.* Si no me vengo, qué dirán de mí las gentes? las tertulias, los paseos qué dirán? Vos, Don Silvestre, me habeis engañado. *Sil.* Siento, sí á fe, que penseis así de quien solo en complaceros se ocupa. *Esp.* Vos me engañaisteis: sí señor, sois embustero, y:- *Luisa.* Señor Marques, qué idioma es ese? sabeis que tengo yo espíritu muy bastante para hacer que esos denuedos vayan con vos á la calle por un balcon? Dónde os diéron esas lecciones tan finas de urbanidad? Idos presto á practicarlas, andad.

Asele de un brazo como para echarle de casa.

Esp. Señora! *Acobardado.*

Luisa. Valiente miedo *ap.*

le dí. De estos fanfarrones

Luisa le da una mirada terrible: le dexa, vuélvele la espalda, y dico el aparte sonriéndose.

se triunfa con no temerlos.

Sil. Pero, señor, qué motivo hay aquí, qué fundamento para tanta furia? *Esp.* Estoy fuera de mí, y de mi yerro os pido perdon. Venia á ver á Inesita, encuentro en la calle á ese Fernando,

á ese hidalguillo molesto, que en todas partes me enfada, y en todas partes le observo recibido con aplauso, por prendas que yo no advierto en él, y todos advierten. Llégase á mí, y previniendo mi atencion con una arenga fastidiosa, circunspecto me dice: hace algunos años que adoro á Ines, y os prevengo que me corresponde: ahora salgo de su casa. Apelo á la espada, para darle digna respuesta. Acudiéron gentes; y él muy sosegado con ayre grave y modesto se escabulló. Ya se vé: me temió. De todo esto no pudierais, Don Silvestre, haberme advertido? *Luisa.* Creo, señor Marques, que mi primo no debia, ni por pienso, hablaros en tal materia; porque vos solo en efecto sois aquí el interesado. Mas ya por fin, que á saberlo llegasteis, y que es verdad lo que se os dixo, poneros de parte de la razon es, segun yo lo comprehendo, lo que os toea. Promover escándalos, que el respeto de Ines atropellen, fuera atentado manifesto contra su honor: es muchacha, ama de veras, afectos forzados nunca los busca quien de noble, quien de atento se precia. Señor Marques, vos hallaréis mil empleos mas felices: y yo sé *Con ternura y vergüenza afectada.* de alguna, que á mereceros, se tuviera por dichosa. En fin, yo por mí prefiero que Ines case con su amante, á los peligros sangrientos que anuncia esta competencia. *Esp.*

Esp. Señorita, yo no acepto arbitrios tan vergonzosos, que dexen mi honor expuesto á la irrisión de las gentes. Pregúntese por el pueblo, si ha habido rival alguno, que me haya echado del puesto por fuerza. Soy yo mucho hombre para que sufra mi obsequio desayres ni oposiciones.

De bien á bien, ni un cordero que me iguale: por violencia:— en fin, allá lo veremos.

Sil. Dice bien: pues no faltaba mas, sino que ese trastuelo de Fernando se saliera con la suya! Entre un Convento y el Marques, ha de elegir Ines lo que á su provecho mas se acomode: y á ti

Con severidad grosera.
no te vendrá mal un velo tambien. *Luisa.* A mí?

Sil. Sí señora.

Alzando la voz con enojo.

Luisa. Percibir mis alimentos aquí ó allá todo es uno.

De mi patrimonio espero las cuentas: acaba en fin de dárme las, y te dexo en el punto por no verte.

Sil. Cuentas? Ya va! Yo te ruego

Con sumision suave.

solo que no me trastornes á Ines: de nuestros intentos ya vés las utilidades.

Esp. Señor Don Silvestre, ahorremos de palabras: las mugeres deben solo complacernos, no dirigirnos. Mi honor está ofendido. Si cuento con vuestra palabra:— *Sil.* Cómo? ni todo junto el infierno hará que yo falte á ella.

Esp. Pues bien, tendrá su escarmiento mi opositor, y verá, que nunca retrocedieron hombres como yo. Conmigo brabatas!

Vase.

Sil. Y yo pretendo darle tambien á entender, que el bien de Ines le pusieron á mi cuidado y no al suyo. Voy á esforzar el empeño del Marques. Luisa, por Dios persuádela miéntras vuelvo. *Vase.*

Luisa. Qué locos! qué mentecatos! Benita?

ESCENA VI.

Benita y Luisa.

Ben. Qué hay? *Luisa.* Ya se fuéron los fantasmones. Avisa á Fernando, que al momento ponga en práctica tu idea, pues no queda otro remedio.

Ben. Nada se ha logrado? *Luisa.* Nada.

Ben. Trabajo es luchar con necios. *Vase.*

ESCENA VII.

Don Felipe y Roque.

Casa de D. Felipe. D. Felipe en bata y gorro leyendo un libro en pie con mucha profundidad. Roque como que sale de otra pieza con otro libro.

Roque. Aquí está el libro, señor.

Felipe. Dice bien: gran documento. No oye distraído en lo que está leyendo. para ser feliz. *Roq.* Ya está el libro aquí.

Lee Felipe. Pretendemos ser felices? El retiro, la soledad y el sosiego nos niega á las contingencias de ser vanos, lisonjeros, ambiciosos, disolutos.

Rep. Yo mismo lo experimento en mí:— *Roq.* Señor?

Felipe. Retirado.

Roq. Por el alma de mi abuelo, que Filósofo mas bestia no ví jamas. Los dos textos que me pedisteis.

Tirándolo de la bata, vuelve en sí
Don Felipe.

Felipe. Roquillo?

Y pues? viste en Epitecto lo que te dixe? *Roq.* Aquí está.

Felipe. Apúntalo: es un portentoso su doctrina. Las mugeres,

hijo mío, son veneno
mortal para quien aspira
á conservar el severo
carácter de la virtud.

No lo dice así? *Roque.* Embeleso
las llama aquí, no ponzoña.

Felipe. Y qué mas da, majadero?
nos matan embelesando:

yo bien sé lo que me pesco:
las aborrezco. *Llaman campanilla.*

Rog. He de abrir?

Felipe. Puedes decir que durmiendo
estoy, si no es Don Fernando.

Rog. A las nueve? *Felipe.* Pues, jumento,
no puede bien suceder,
que á las nueve me dé sueño?

Rog. Y es lícito al varon sabio
mentir? *Felip.* Hombre, el argumento
es fuerte; pero anda, anda,
que tanto de patrañeros
abunda el mundo, que á veces
le obligan al sabio á serlo,
para que no le degüellen. *Vase Roque.*

ESCENA VIII.

Sale Don Fernando triste, y Roque.

Fern. Amigo, guárdeos el Cielo.

Felipe. Fernando, qué cara es esa?
qué triste, qué macilento!

He aquí el fruto que se saca
del trato, desasosiegos,
afanes, pesares: no,
no, señor, yo bien me entiendo.
En soledad nadie es malo:
en el trato hay pocos buenos.

Fern. Estoy muerto. *Con aflicción.*

Felipe. Lindamente.

Hacedme ahora el cotejo *Siéntanse.*
de mí á vos: huyo del mundo,
y una alegría conservo
inalterable: y á vos
siempre os hallo con tormentos
y pesadumbres. Amigo,
á mi capricho me atengo,
no tratando con los hombres,
ni me muelen ni los muelo.
Pero vamos, qué os aflige?
puedo yo favoreceros
en algo? *Fern.* En todo.

Felipe. Pues bien,

nunca fuí pataratero,
lo sabeis: os conocí
desde niño, y os profeso
el mismo amor que debí
á vuestro padre. Dinero
quereis? ahí están las llaves.
Mis caudales los contemplo
propios de todos los hombres,
quando carecen de aquello
que á mí me sobra. *Fern.* No, amigo,
para mas árduos empeños
os necesito. *Felipe.* De todo
soy capaz, quando el consuelo
media en un amigo. Vamos,
fuera vergüenza, acabemos,
qué es ello? *Fern.* Yo necesito,
que os enamoreis. *Felipe.* Arredro.

*Levántase con viveza, y D. Fernando
se levanta tambien.*

Yo enamorarme? Estais loco?

Ah, sí, ya caigo; penetro
de esa aparente tristeza
el alegre fingimiento. *A Roque.*

Sin zumbas y encerradas
no saben estos mozuelos
divertirse. *Rog.* Son malditos,
ó enamorando ó riendo.

Fern. No, amigo, no es este caso
para que á donayre y juego
lo atribuyais. Es muy grave,
es urgente, y os lo ruego
tan de veras:— *Felip.* Oyes, Roque,
no ves qué grave y qué serio
lo finge? *Rog.* En eso está el chiste:
de risa me estoy muriendo,
al verle tan compungido.

Fern. Ah! *Felip.* Vaya, vaya, dexemos
cascabeladas. Y pues,
qué se dice del encuentro
de Prusianos y Franceses?
Gran General es por cierto
Mollendorff. *Fern.* Oidme siquiera.

Felip. Sí, señor, grande; me acuerdo
aun de las últimas guerras
en que hizo frente al Imperio
con honor. *Fern.* Señor, oidme.

Felip. Amigo fué y compañero
del inmortal Federico.

Amigo, qué hombres aquellos!

ya

ya no los hay. *Fer.* Vive Dios, que ya tolerar no puedo tanta irrisión. Escuchadme con firme convencimiento de que es verdad infalible quanto os diré. Los conciertos de mi boda con Ines

ya sabeis que se rompiéron por ese Marques de Espina, que se atravesó. Gimiendo su pena. Ines, y agoviado yo de la mia, al extremo llegamos de interrumpir:-

Felip. Ya estoy: de todo me acuerdo.

Fern. Hoy me llamó, y angustiada:-

Felip. Con un llanto zalamero, dos mimos, quatro miradas lánguidas, seis aspavientos, y un desmayo bien fingido, derribó á los pies el seso de mi amiguito: adelante.

Fern. O amigo! que en no sabiendo lo que es amar:- *Felip.* No se sabe el predominio perverso de la muger: adelante.

Fern. Buscando arbitrios diversos para evitar los pesares de este infeliz contratiempo, pensamos en oponer un rival mas opulento al Marques de Espina. *Felip.* Ya. Yo tengo cara de serlo: no es así? *Fern.* Ya os lo suplico.

Felip. Y yo no me allano á serlo, no, señor; pues es friolera? Yo enamorar? Por San Pedro, que seria gusto verme, calvo, encorvado, moreno, ignorante de los usos del mundo, andar compitiendo con lindos y pisaverdes, á la edad (ahí es un bleo) de cincuenta años y mas: puede en un ánimo recto hollar disculpa un arbitrio que lleva por fundamento la ficción? Amigo mio, yo nunca á engañar me venzo. Si allá en el mundo se estila,

que habiten los trapaceros el mundo, que le disfruten, hágaless muy buen provecho.

Fern. Bien dicho! muy bien pensado! y que el sencillo y honesto corazon de una muchacha graciosa, amable, modelo de virtud y de hermosura, doble el oprimido cuello á un mentecato, insolente, mal educado, cubierto de vicios, por la codicia de un fatuo, sordo á los ecos de la razon! Que padezca vuestro amigo el trance fiero, no solo de renunciar para siempre los recreos de una union feliz, sino veila entre brazos ajenos! y étre qué brazos? Ay Dios! *Conternura.* Pobre Ines, qué desconsuelos te esperan! cuánta amargura!

Fel. Fernando, yo me enternezco, *Enternecido y agitado.*

vive Dios, no tiene duda. Si abandonados los dexo, estos muchacos se pierden.

Se pasea como meditando: Don Fernando le observa.

Qué diablo de sentimiento será el amor, que perturba la cabeza al mas discreto? Mala cosa! mala cosa!

Fern. Y han de tener privilegio los malos para triunfar, y no ha de poder tenerlo la virtud, para oponerse á la malicia, exerciendo ardides que la destruyan?

Fel. Teneis razon, me convenia reñir con armas iguales es lícito, sí: preveo, que el Silvestron, aiaido, segun su costumbre, al cebo de mayor riqueza:- Vamos,

Volviendo á Don Fernando en ademán de quererle complacer. consolaos. *Fern.* Con qué extremos podré, generoso amigo,

tal favor agradecereros?

Fel. No quiero gracias, jamas admito agradecimientos por hacer bien. Todos, todos con obligacion nacemos de auxiliarnos en lo justo. Aquí me teneis dispuesto para todo, hasta que el campo os quede libre. En venciendo, vos os casaréis, y yo á mi tinaja me vuelvo.

Roq. Señor, y si el diablo hace (pues está siempre despierto) que la Inesita:- *Fel.* Qué?

Roq. Digo, que si os hieren sus ojuelos, y os inclináis? *Fel.* Botarate, yo inclinarme? *Roq.* Qué sabemos?

Fel. Bestialidad! Ahora bien: ya sabes quan poco experto soy en el oficio. Vos *Con ironía ponderada y jocosa.* como tan sabio, ofreceros debeis á ser mi doctor.

Vamos pues, señor maestro, qué reglas, qué requisitos pide el amor? *Fern.* Lo primero *Conoce la intencion de D. Felipe, y con el mismo tono le lleva el ayre.*

(ríamonos) ir galan, lo qual pende del aseo y del gusto en el vestir con elegancia y despejo.

Fel. Roquillo? *Roq.* Qué me mandais?

Fel. Pues ya que estamos resueltos á ser locos, sácame mi mejor peluca, y luego del arcon arrinconado aquel vestido:- *Roq.* Ya entiendo, aquel de las garambaynas? *Vase.*

Fel. Ese. Don Fernando el Sexto puesto se lo vió á mi padre, *Se va quitando la bata y el gorro.* y ie alabó por lo bello del corte y los coloridos.

ESCENA IX.

Roque y los dichos.

Saca Roque una peluca y un vestido de hombre anciano algun tanto antiguo.

Roq. Todo está aquí. *Fel.* Ola, el espejo, *Se pone la peluca, teniendo el espejo Roque.*

y vaya en nombre de Dios.

Roq. Si no me rio, rebiento.

Acabándose de vestir.

Fel. Qué tal? *Fern.* Primorosamente.

Fel. Lo principal está hecho: el ayre no faltará.

Fern. No afecteis encogimiento, y le adquiriréis. *Fel.* Ya estoy: talle libre, brazo suelto, frente epinada, pasitos *Hace lo que dice.* menúdos, pero ligeros: ya estoy: qué mas falta ahora?

Fern. El encanto, el embeleso de la palabra:- *Fel.* Esto es, saber encaxar requiebros, que con palabras muy finas den á entender pensamientos muy groseros y muy sucios. Veamos como me expreso: tú eres la Dama: Adorado *A Roque.* y hechizadísimo dueño de mi cuerpo y de mi alma, de mi alma y de mi cuerpo.

Fern. Jesus! yo muero de risa.

Fernando y Roque se rien.

Fel. Os reis? Pues no os arriendo la ganancia: lo que veis en mí, todos lo están viendo en los amantes. Sus gracias son risa para el que fresco los vé y los observa. Vamos, señor, vámonos corriendo á ser locos; pues el diablo en tal desdicha me ha puesto.

~~ACTO SEGUNDO.~~

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Don Fernando, Don Felipe y Roque.

Fel. Con que por aquí las Damas han de venir? *Fern.* Me avisáron, como visteis, de que aquí viniésemos. *Fel.* Lindo trago me vais á dar. Yo con dengues? con mimos almivarados?

y con me muerdo , me fino,
ay de mí! Yo os idolatro?
De cuándo acá yo con Damas,
señor? Mi gesto , mis años,
mi retiro , cómo pueden
dictar un afecto fatuo,
que no hay en mí , y que aborrezco?

Rog. El fingirse enamorado
no es difícil ; yo conozco
mas de dos , y mas de quatro,
que quando les acomoda
saben fingirlo de pasmo,
y los creen , que es lo peor.

Fel. Harán ellas otro tanto,
y váyase uno por otro.
Solo se vive de engaño
en el mundo ; y ellos y ellas
suelen entre sí trocarlo.
Pero yo vivo en el mundo,
sin que me deba su trato,
solicitud ni deseo.
Como todos fuí muchacho,
y nunca hablé con ternura
á una muger. Qué desbarro!
llenarlas de vanidad,
para que nos den el pago
de llevarnos por la rienda
á manera de caballos.

Fern. Amigo , yo no pretendo
venceros ni violentaros
á un imposible , nos basta
que delante del hermano
de Ines os manifesteis
deseoso ó inclinado
á casar con ella. *Fel.* Bueno!
Señor , y para entablarlo
con propiedad , no es preciso
mirar muy tierno al soslayo,
suspirar tímidamente,
y á trompicones hablando
decir veinte boberías
á una mocosa un barbado?
Ah mugeres! por vosotras
todos los hombres son asnos.

Rog. Alto , que vienen las Ninfas
ya por la calle asomando:
y á fe que pisan con ayre.

Fel. Cómo es eso? Por San Pablo, *Asístase.*
que no sé lo que me pasa.

Se acercan? Al primer paso,
qué he de decirlas? Roquillo,
hombre , dime , voy de garbo
de que se rian de mí?

Rog. No , señor , estais bizarro
y ayroso. *Fel.* Gracias á Dios.
Con ellas ser mentecato
no es defecto ; ser mal mozo
es un horrible pecado.

Fern. Venid. *Fel.* Qué es venid? dexad
que lleguen. Burla burlando
la tempestad se nos viene
á echar encima. Fernando,
llegad vos , que yo á esta esquina
esperaré retirado
á que las habéis.

ESCENA II.

Ines , Luisa , Benita y dichos.

Fern. Muy bien,
la ocasion está en la mano;
y ahora:- *Fel.* Tiempo habrá otro día,
andad : podrémos pensarlo
mejor , tomando algun tiempo.
Mirad , como soy Christiano,
que me hallo fatigadillo,
y yo tengo por tan arduo
negocio el enamorar,
que si me falta el descanso,
ahí va , me echo con la carga
como pollino cansado.

Fern. Señoras , de la ventura
Acércanse las Damas.

que me ocasiona el acaso
de hallaros , mil parabienes
*Fernando le ase de la mano y le pre-
senta á las Damas*

doy á este amigo , que al alto
*Todo eso lo dirá D. Fernando mirando
al soslayo á D. Felipe , y como son-
riéndose , para ver la impresion
que hace en el Filósofo.*

mérito vuestro rendido
ha dias que deseando
está ofreceros su obsequio;
y yo os ruego que aceptarlo
queráis. *Fel.* Jesus , qué embolismo!
Volviendo la cabeza á Roque.
y este language endiablado
he de hablar yo? *Rog.* Sin remedio.

Fern.

Fern. Qué os deteneis? acercaos, señor D. Felipe: vaya *En el mismo tono.* que no es de perder el rato de hablar con dos hermosuras.

Ines. Tan gustosas aceptamos el favor (yo especialmente) con que habeis querido honrarnos, que oxalá pueda algun dia mi gratitud expresarlo sin riesgo. *Fel.* Esta es la paloma. *ap.* Señoras, no sé si paso la raya de lo debido: embusterias no gasto.

Quanto tengo, y quanto puedo con sencillez os consagro: si lo admitis, haréis bien, sino, ni pierdo ni gano.

Luisa. Benita, qué te parece?

Ben. Filósofo estafalario: raro humor, costumbres toscas.

Ines. Nos es hoy tan necesario vuestro auxilio: *Fel.* Sí, no hay duda.

Distraído mirando con grande ahinco á Ines.

Por Christo, que es un milagro *ap.* de hermosura la Inesilla.

Luisa. Señores, á qué pararnos en ceremonias? Mi prima (ya lo sabeis) de un infausto destino se vé amagada: la compasion, y el amparo que merece la virtud oprimida, os inclinaron á favorecerla: en esto dais un testimonio claro de que en vos triunfa igualmente la virtud. Resta rogares solo, que en tan digna empresa os propóngais obligarnos á eterno agradecimiento.

Ines. Señor, aunque mi recato *Todo esto con grandísimo afecto.* no corresponda expresar con la eficacia del labio sentimientos que en el alma causan doloroso estrago, hay casos, hay ocasiones en que el poder inhumano de los hombres nos obliga

á atropellar sin reparo honor, decoro, respeto, que en los lances angustiados, si el decoro es lo de ménos, es preciso abandonarlo por no arriesgar lo que es mas. Con harto pesar os hablo, sí, á fe mia, en tal materia: pero pues sabeis que amo, que sujetarme pretenden á un aborrecido lazo, y que peligra mi vida si llega á verificarlo la codiciosa violencia de un mas que hermano, tirano perdonadle á mi desdicha este desahogo infausto de su opresion; y creed que me cuesta el empeñaros en mi favor tanta pena, como le cuesta cuidados á mi amor verse en peligro de ser siempre desdichado.

Fel. Qué suavidad! qué modestia! *ap.* qué discrecion! Poco valgo, señora; pero os protesto, que haré por serviros quanto necesiteis. Santo Cielo, *ap.* qué sentimiento tan blando es este, que esta muchacha inspira en mí!

Hablan entre sí Felipe, Ines y Fernand.

Ben. Qué embobado se queda el hombre! me temo, que si á este bestia fiamos la empresa, nos ha de dar ántes risa, y despues chasco.

Luisa. No lo creas. *Ben.* Pues no veis?

Luisa. Un hombre, que retirado vivió siempre de los hombres, por no exponerse á ser malo, será rústico en su modo, y será en su genio extraño; mas no será fementido ni débil. En aquel raro trage, y en aquella basta explicacion contemplando estoy yo un ánimo grande, veraz, generoso, franco,

compasivo. Acá en el mundo por la corteza juzgamos, pero en abriendo la fruta, Benita, cuántos engaños!

Fel. Pues, señora, disipad *A Ines.* desde hoy vuestro sobresalto, y dexadme hacer. *Fern.* Qué gracias os podré dar! *Fel.* Ea, vamos, señor: dexemos frioleras.

Recibiré con agravio, que el que mi amistad merece á cada instante apestando me vaya con ceremonias. La muchacha es un encanto! *ap.* nunca creí que una hembra fuese un animal tan grato!

ESCENA III.

El Marques, D. Silvestre y dichos.
Hablan entre sí todos: Ines, Benita, Luisa, Felipe y Fernando próximos á los bastidores de la derecha, Roque quedará detras como en medio del foro.

Esp. Ellas son. *Silv.* Qué desvergüenza! con el Fernandillo hablando, sabiendo quanto me irrita!

Esp. Queréis ver quan presto el campo desocupa? Yo haré:- *Silv.* No, fuera alborotar el barrio; y reñir ante testigos ocasionara los gastos de un litigio perdurable. Al otro que está parado con ellas no le conozco. Bueno será que sepamos quien es: y por qué motivo en poder del Asturiano la casa han dexado sola. Aquel parece criado. Esperadme aquí un momento.

Esp. No tardeis, porque me canso.

Espina se oculta entre los bastidores.

Silv. Presto despacho. Mozito?

Roq. Qué se ofrece? *Silv.* Interesado estoy en saber quién es aquel hombre perdulario, que habla con aquellas Damas: le conoces? *Roq.* Y á vos cuánto os importa conocerle?

Silv. Si me necesita en algo, conmigo, no con mi hermana debe hablar. *Roq.* Tate, ya caigo. *ap.* Digo que teneis razon; pero otra vez de mi amo hablad con mas cortesía, siquiera porque cuñado vuestro ha de ser.

Silv. Cómo? *Roq.* Cómo?

Como ha un mes, que está tratando pedíroslo. *Sil.* Aquel hombre?

Roq. Pues qué hay en eso de extraño? de Don Felipe Cisneros bien creo que desdeñaros no podréis. *Sil.* Espera, aguarda: el que está allí es aquel sabio tan celebrado de todos

por sus muchos mayorazgos, y por el retiro austero que observa, negado al trato y á la sociedad? *Roq.* El mismo.

Sil. Y ese dices que ha pensado (no me engañes) en casar con mi hermana? *Roq.* Por acaso la vió un día, le gustó, él es de golpe y portazo, pensó tener herederos por línea recta: estoy harto (dixo) de vivir á solas, dinero tengo sobrado.

Sil. Y se parará en la dote?

Roq. Qué dote? ni imaginarlo: quiere muger solamente, desnuda hasta de los trapos, que hoy la pertenezcan.

Sil. Bueno! *ap.*

Roq. La vestirá toda. *Sil.* Bravo! *ap.*

Roq. Despues dixo echando cuentas: con ella vendrá su hermano á comer todos los dias, sobre él el peso descargo del gobierno de mis bienes; con que libre de este fardo, con Dios, mi esposa y mis libros haré la vida de un Santo.

Sil. Piensa bien. *Roq.* Toma si piensa! ya la tragó el mentecato. *ap.*

Sil. Y al otro que está con él le conoces? *Roq.* Amigazo

gran-

grande de mi amo, y solo de quien se fia. *Sil.* Enterado está tambien del designio de tu señor? *Roq.* Lo está tanto, que él es el que mas le incita, las virtudes ponderando de Doña Ines mi señora; y esto que segun yo alcanzo, por cosas que les he oido, á pesar de haberla amado, por verla feliz la cede.

Sil. A Dios. *Roq.* Mirad que os encargo el secreto. *Sil.* Bien está.

Roq. Qué alegre va el pobre diablo! *ap.*

Sil. Señores? pues no seria *Llega muy oficioso.*

mejor, ya que molestaros quereis con estas muchachas, en mi casa descansados favorecerme? *Fer.* Por dicha aquí acaso nos hallamos, é interesado mi amigo en desfrutar por un rato la oportunidad dichosa de ofrecerse:- *Sil.* No, no extraño de la atencion del señor Don Felipe, que en honrarnos se empeñase. *Ines.* Es muy atento.

Fel. Nunca á lo debido falto, si se me alcanza, sino mi ignorancia me hace salvo.

Sil. Señor Don Felipe, vos me debéis muchos aplausos y admiracion: este sitio no es decente para daros pruebas de lo que os estimo: quanto puedo, quanto alcanzo, mi casa, yo y estas niñas para servirlos estamos en lo que gustéis. Ahora permitid que acompañando las vaya, porque ya es hora.

Fel. Allá me tendréis temprano, que os quiero hablar.

Sil. Sí? pues cuenta, que soy formal, y os aguardo sin falta. *Fel.* No faltaré. Mucho, mucho me ha gustado vuestra hermana. Es cosa buena:

ya, ya hablaremos de espacio.

Sil. Pues espero. *Fel.* No haré falta. Qué he de faltar, si ya rabio *ap.* por no apartarme un momento de esta mocosa! *Sil.* A Dios. Vamos.

Ines. Señor, las manos os beso. *A D. Fel.* *Luisa.* Sabed, que me habeis gustado mucho, mucho.

Al mismo, y vase con Benita, Ines y Silvestre.

Fel. Lo agradezco.

Oxalá Ines otro tanto *ap.*

dixera. *Fern.* Y pues, qué os parece?

Fel. Ines? un Cielo, un pedazo de:- qué sé yo:- sois dichoso. *Vase.*

ESCENA IV.

El Marques y los dichos. Quédanse hablando los dos, y al paño sale Espina.

Esp. No es por cierto mal petardo, hacerme esperar dos horas, y marcharse el insensato sin contar conmigo; pues tengo yo un genio gallardo para que de mí se burlen! Mas si pretendió arrancarlos de ellas, y no halló otro arbitrio? Sí: ahora bien, emprendamos lo que á mi honor corresponde. Con vos, señor Don Fernando, *Sale.* tengo que hablar. *Fern.* Pues hablad.

Esp. No os consta, que estoy amando á Ines? *Fern.* No señor.

Esp. No? *Fern.* No.

Esp. Yo sé que estais engañado.

Fern. Pues yo sé que no lo estoy.

Esp. O! no es posible dudarlo, sabiendo que por mi causa de su presencia os echáron para siempre. *Fern.* Poderosa demostracion! Un avaro prefiere vuestro dinero: vos solicitais la mano de una muchacha muy rica: en tal pretension, no hallo yo amor, sino conveniencia.

Esp. Con qué he de decirlo claro? pues bien: segun me dixisteis hace ya mas de dos años que la amais, yo hace un mes solo;

pero quando me comparo
con vos, sin jactancia, creo
que importa ese breve espacio
mas que vuestra larga fecha.
Estoy poco acostumbrado
á sufrir rivalidades.

En las conquistas que entablo,
la oposicion me fastidia:
os suplico, que no en vano
os haga yo esta advertencia.

Fern. Que miseria! *Fel.* Tan helado
recibis las desvergüenzas
de este bruto? *Fern.* Las aguanto,
porque en fin media el honor
de una inocente. *Esp.* Yo llamo
cobardía á ese respeto.

Fel. Y yo os llamo á vos un macho
A Espina con cólera.

con albarda de insolencias.
En qué escuela le han dictado
esa vanidad brutal?

Fern. Ay, amigo, sosegaos:
no os alteréis, que yo solo
para contestarle basto.

Esp. Y yo tambien soy bastante
para reprimir á un fatuo
que me insulta. *Fel.* Cómo es eso
de reprimir? Apartaos,
y dexadme que á este niño
le demuestre á cintarazos
la cortesía que ignora.

Fern. Deteneos: ya acercando
Sale algun pueblo á los bastidores, y
Don Fernando toma del brazo
á Don Felipe.

se va mucha gente: presto,
vamos de aquí.

Esp. En qué quedamos?

Fel. En que ducientas patadas
tengo deseo de daros.

Citad lugar y veréis
con qué gusto os las estampo.

Fer. Yahablarémos. Yo os prometo *AEsp.*
que hablarémos. Alejaos
vos por allí, que nosotros
irémos por este lado,
para evitar que se note *Vase Espina.*
nuestra imprudencia. No alcanzo,
amigo, cómo ha cabido

en vuestro juicio:- *Fel.* Me enfado
fuertemente quando noto
á estos niños casquivanos,
llenos de ignorancia, y llenos
de presuncion, muy pagados
de que son lindos y monos.

Yo no puedo tolerarlos,
son detestables, murmuran,
infaman, mienten contando
victorias que no consiguen;
ó torpemente ostentando
los triunfos abominables
de su corrupeion, hinchados,
soberbios, provocativos:-
Y quiénes son? unos trastos
sin crianza, sin principios,
cuyo mérito ordinario
es ser tontos por arriba,
y animales por abaxo.

Fern. Pero debierais:- *Fel.* Debiera
haberle roto los cascós,
sí señor: qué es friolera
mi amigo, é Ines mediando,
venirse con chilindrinas?
Es preciso escarmentarlos,
sí señor, á estos mozuelos;
y hacerles ver á porrazos,
que deben ser comedidos,
ya que no quieren ser santos.
Ay Ines! de mi memoria *ap.*
no te apartas! Malo, malo. *Vanse.*

ESCENA V.

Ines y Benita.

Ines. Qué hace mi hermano?

Ben. Se entró
al instante en su despacho
á ajustar cuentas. *Ines.* Benita,
qué me dices del estado
de nuestra empresa? qué juzgas
de Don Felipe? *Ben.* No acabo
de asegurarme. Luisa
le tiene por un hombrazo
de estos de seso maduro,
y juicio de cal y canto;
mas yo, en verdad, no las tengo
todas conmigo. *Ines.* Yo hallo,
que si es de Fernando amigo,
no será de juicio escaso
ni de virtud. *Ben.* Ya, es verdad:
C
bue-

bueno ha de ser, no hay dudarlo,
todo lo que pertenezca
á los que queremos:-

ESCENA VI.

El Marques y dichas.

Sale Espina desahogado, y se sienta con descortesía haciéndose ayre con el sombrero, cruzando una pierna sobre otra, y recostándose como sofocado.

Esp. Pasos

suceden, que si no hubiera
prudencia en un hombre:-

Ben. Alabo

la urbanidad! *Ines.* Pues qué es eso,
señor Marques? qué os ha dado?
estais indispuerto? *Esp. Sí:*

Volviendo la cabeza á Ines, y luego dándole la espalda.

lo estoy de veras, me abraso
de zelos y de furor.

*Ben. Ay Dios, que viene rabiando
el pobrecito! Ines. De zelos?*

*Esp. Sí, sí señora, y pues callo,
Levántase, y se pasea sofocado.*

déxame en paz. *Ines.* Qué locura
es esta? Vos tan osado
en mi presencia? Conmigo?

Esp. Pues está bonito el caso!

Mirándola al soslayo, y puesto en planta.
me reñirá todavía,

despues que estoy tolerando
sus traiciones! *Ines.* A no ver
que os hallais de juicio falto,
yo os enseñara:- *Esp. No digo?*

sobre que es un insensato
quien las trata con blandura!
Ya estoy harto, ya estoy harto
de Don Fernando, lo digo:
sé que tú estás fomentando
sus desvarios: que tú
le haces cara, le has llamado.

Sí señora, lo sé todo. *Se pasea.*

Ines. Benita, coge de un brazo
al señor Marques, y presto
ponle en la puerta; y no fraguo
mayor venganza, porque
á los necios yo no trato
nunca sino como necios.

Ben. Como que lo haré volando:

camine su Señoría. *Agarrándole.*

*Esp. Apártate. Con que al cabo
yo he de ceder? Mira, Ines,*

tú no sabes los trabajos
que pasa un jóven amable,
quando á una Dama obsequiando
ella lo planta, ó él sufre
no ser solo en los teatros,
en las tertulias, paseos,
cafes y bayles mofado
se vé, y desayrado en todo.

Se rien de él por lo baxo,
le destrozan, le degüellan.

Hasta aquí he tenido en salvo
mi honor en punto tan grave.

Tú sola:- *Ines.* Ya no me espanto
de que el honor en el mundo
solo sea un hombre vano
entre los que mas le nombran.

La apariencia, el aparato
de la vanidad se busca
en los enlaces sagrados,
que delante de las aras
forma el amor. Con que el fausto
solo os instiga á servirme?

La ostentacion, el conato
de que en toda concurrencia
se diga, que sin contrarios
lograis de una buena moza
(segun vuestro diccionario)
la mano y la voluntad?

Horror me causa pensarlo!

El amor, el dulce amor
desconocido en tan baxos
corazones, cómo puede
hacer eterno el halago,
ni producir fe inviolable
en almas que se juntaron
por vanidad ó capricho?

Señor Marques, retiraos
para siempre de mi vista:

yo os lo digo, yo os lo mando,
si es menester. Abomino

vuestras costumbres, retrato
fiel de las que España llora
en la juventud de tantos
que nacen para infestarla.

Ese modo descarado

de hablar, de tratar con quien

ni debe ni quiso daros
motivo para abusar
de su decoro, empleadlo
allá en vuestras concurrencias,
allá donde del descaro
se hace gracia, y se practican
por donayre el desacato
y disolucion. No os vais?

Esp. Pero Ines:- *Ines.* Mas escucharos
no quiero; y tened sabido,
por lo que interesa á entrambos,
que ántes que ser vuestra esposa,
daré mi persona á un claustro.

ESCENA VII.

Silvestre y los dichos.

Sil. Qué voces son estas?

Ines. Nada. *Vase.*

Ben. El señorito es muy guapo!
Vaya, quiere que le quieran
por fuerza; y cierto es un cargo
de conciencia, que se pierdan
tantas gracias. *Vase.*

Sil. Qué ha pasado,
señor Marques? qué es aquesto?

Esp. Despreciar agasajos
inútiles con Ines;
he despreciado otras manos
de mucho mérito, todas,
todas las he desechado
por ella, y viniendo ahora
á suplicarla, que en pago
de lograr la preferencia
de mi pecho, sus conatos
fixe en mí solo, se enoja,
se enfurece, y me ha intimado
que á verla no vuelva. *Sil.* Ya:
de manera, que si hablamos
como se debe, yo creo,
que no va descaminado
su enojo. Señor Marques,
es inútil molestarnos
sin necesidad: Ines,
por causas que yo no acabo
de entender, no os puede ver,
os aborrece. Su casto
corazon no se acomoda
con ese desembarazo
que vos gastais; y no hay duda,
que de afectos tan contrarios

nunca buenos casamientos
se siguiéron. Obstinaros
en precisarla seria
haceros el triste agravio
de veros aborrecido
cabalmente en el estado
que obliga á amar. Ahora bien:-

Esp. Ahora bien: yo no me allano
á nada. Me la ofrecisteis?
ha de ser mia. *Sil.* De espacio
lo trataremos; porque
negocios tan delicados
piden mucha madurez,
y si una vez se hace el daño,
es difícil remediarle.

Y de vuestros Mayorazgos
que nuevas hay? me aseguran
que los teneis empeñados
excesivamente. *Esp.* Mienten.

Sil. Dígolo, porque en tal caso
tendria Ines esta causa
mas, para no deseáros
por marido. Ella es muchacha,
y gustará del boato
de que careció hasta aquí.
Sus rentas para tal gasto
no bastan: y yo en mis cuentas
me parece que la alcanzo
en muchos miles. No hay duda.

ESCENA VIII.

Sale Luisa.

Luisa. Un hombre te está esperando
en la antesala. *Silv.* Bien, voy;
mientras vuelvo consultadlo
con Luisa. Sabe mucho,
y ella podrá aconsejaros. *Vase.*

Luisa. Y qué es ello?

Esp. Qué ha de ser?
que Ines ahora se ha empeñado
en despedirme. *Luisa.* Y lo acierta.
Yo á lo ménos si no gano
en este lance, consigo
veros libre de unos lazos,
que me eran desagradables.

Esp. Zelititos! me alegro: vamos,
alma mia, la verdad,
sin rodeos, te he petado?

Luisa. Estando Ines de por medio,
no fuera consejo sano

declararme á quien la adora.

Esp. Adorar, he? Sus ducados
tal qual pueden estimarse,
pero ella? Mayor pelmazo
no he visto nunca: muy tiesa,
muy circunspecta, ensartando
sentencias de Capuchino
con ayre severo y agrio.
Siempre grave, siempre adusta,
módales allá á lo rancio,
del tiempo de las golillas.
Qué peste!

Luisa. Bien dicho! Aplaudo
vuestro gusto. Está insufrible
con los estilos de antaño,
pundonor, honestidad,
respeto: bellos vocablos
del siglo de Doña Urraca!
En fin, Marques, puedo daros
la enorabuena? *Esp.* De qué?

Luisa. De que ya desengañado
dexais á Ines. *Esp.* No, señora,
eso no: caspita! El diablo
que aguantara la rechiffa
que entónces en los estrados
se haria de mí: no es cosa!
es un niño: le plantaron:
no sabe: es un pobrecillo:
su mérito es muy mediano:
solo de pensarlo tiemblo.

Luisa. Me engañé: fué temerario
mi juicio: me imaginaba
dichosa ya, interpretando
á mi favor:- Qué locura
la mia! *Esp.* Pues qué has dudado
de mi amor? Mira, Luisita,
si alguna de veras amo,
eres tú: ya te lo he dicho.

Luisa. Eso es, y queréis casaros
con Ines. *Esp.* No vés que es sería
y doctora? Estos geniazos
ásperos y fastidiosos,
circunspectos y entonados,
son para dentro de casa
excelentes. Yo no paro
dos horas en ella, en estas
hablo muy poco, ó no hablo.
La muger, que desahogue
su genio con los criados:

allá se las haya. Yo,
miéntras ella gruñe, escapo
á no merecer el nombre
de baboso ni de uraño
en la sociedad. Luisita,
te haria el mayor agravio
yo, la mas negra injusticia
con querer que en el estado
del matrimonio se ajaran
tu chiste y tu garabato.
El casarse es para sosas,
para esos genios pesados,
que saben únicamente
parir hijos y educarlos.
Una niña de tu chiste,
tu sal y tu desparpajo,
en casándose voló,
á Dios, perdió sus eneantos.
Nosotros de las esposas
hacemos muy poco caso:
dennos hijos, y esto basta.
Nuestro amor, nuestros conatos
siempre están fuera de casa.
Genios alegres buscamos,
atractivos, hechiceros,
que del manjar cotidiano
desempalagarnos sepa.
Quieres, Luisita, acertarlo?
no te cases: tú verás
siempre los hombres postrados
á tu imperio, y yo el primero.
Verás qué famosos ratos
tenemos, miéntras Ines,
gotica de arriba abaxo,
cria chiquillos y gruñe,
ya lo verás. *Luisa.* Soberano
proyecto, si no ocurriera
un pequenito embarazo
fácil de vencer. *Esp.* Y qué?
Luisa. No es nada. Ines ha encontrado
hombre igual á sus costumbres,
desea enlazarse á un sabio,
no de estos que nos aturden
con coplas y papelajos,
sino con uno que pone
su ciencia en ser hombre honrado,
veraz, noble, virtuoso,
buen amigo y Ciudadano
benéfico, á cuyas prendas

añade el extraordinario
mérito de ser mas rico.
que vos, con mucho: los pactos
de su boda van á hacerse.
Vos lo sentiréis, es claro:
pero ella se encaprichó,
y no hay remedio. Su hermano
se rinde ya. Marquesito,
paciencia. Yo os acompaño
en el pesar. *Esp.* Qué decis?

Luisa. Yo, ya se vé, nada valgo
para ocupar el lugar
que dexa Ines. Sin embargo,
siento vuestra desventura
mucho, mucho.

Esp. Estoy pasmado!
qué dirán de mí las gentes!

ESCENA IX.

Silvestre, Felipe y dichos.

Fel. No lo sufro: en vuestro quarto
estabais con otro amigo,
id allá: yo no me pago
de ceremonias. *Silv.* Si iré,
porque de él estoy cobrando
ciertos intereses; pero
os dexaré presentado
á las muchachas. Benita? *Sale Benita.*
Di á Ines, que le está esperando
aquí el señor D. Felipe. *Vase Benita.*

Luisa. Este es el novio. *A Espina.*

Fel. Sentarnos
podríamos, si os parece. *A Luisa.*
Caballero:- Hui! Este sandio

*Va á saludar á Espina, le conoce
y se exaspera.*

aquí? ya no puedo hacer
cosa de provecho. *Esp.* Ardo *ap.*

de cólera. Yo pospuesto
á este infeliz mamarracho!

Por quien soy que ha de pagarme
este sonrojo bien caro. *Vase.*

Fel. Mucho tarda vuestra hermana.

Silv. Yo la apremiaré de paso;
dispensadme: hasta despues. *Vase.*

ESCENA X.

Siéntanse, y están sin hablar.

Fel. Este lance es apretado.

Qué hablaré yo á esta muger? *ap.*

Luisa. Estaba, á fe, deseando

veros de espacio. *Fel.* Lo estimo.
Vuestra prima en algun arduo
negocio se ocupa? *Luisa.* No:
no tardará.

ESCENA XI.

Ines, Benita y dichos.

Ines. Vuestras manos
beso, señor Don Felipe:
perdonadme haber tardado
porque:- *Fel.* Ya estais perdonada.
*Toma una silla, y la hace sentar
á su lado.*

Adónde quereis sentaros?
aquí a mi lado venid,
porque mil negocios traigo
que deciros. Estais bella.
Vuestras mexillas y labios
son divinos: vuestros ojos
pueden tirar un chispazo
al mismo amor. *Ben.* Ay señora!
que se nos derrite el sabio.

Luisa. Benita, en esta flaqueza,
si no se vé el hombre urbano,
se vé el hombre de verdad.

Ben. Os gusta?

Luisa. Siempre he estimado
la probidad y candor.

Ines. Y vuestro amigo?

Fel. Evacuando

le dexé no sé que asunto,
vendrá luego: y entre tanto
ya sabeis que á mí me toca
hacer sus veces. Me afino *ap.*
*Aquí se distrae, se levanta, da dos
ó tres pasos adelante.*

dentro de mí, vive el Cielo.

Si me habré yo enamorado?

No: pues ello algo me escuece
la chiquilla: bueno! calvo,

medio viejo, con peluca,
en la ventura empeñado
de mi amigo:- Voto á cribas,
que fuera tremendo chasco.

Ines. Señor Don Felipe? *Felip.* Ah! sí:
me enagené.

Ben. Está borracho *A Luisa.*
este hombre?

Luisa. Yo bien comprehendo
su interior, y no me engaño.
Felip.

Felip. Digo de verdad, señora, pues si en vos está copiado vuestro sexò, he sido un bruto en huirlo y evitarlo tantos años de mi vida. Dicen que hay genios bellacos entre vosotras, mudables, de pensamientos libianos, y lo que es peor, infieles á los pobres maridazos que las regalan y miman. Esto es malo, cierto, malo: pero quando se tropieza con una Inesita, quando la virtud y la hermosura se hermanan, me persuado (lo conozco) que no acierta quien vive como ermitaño sin tener la vocacion.

Ines. Si yo he sabido agradaros, no culparéis por lo ménos la eleccion de Don Fernando.

Felip. Culparla? Si él la dexara, vengara yo agravio tanto con tomarla para mí. (Esto es hecho; yo me zampo *ap.* de paticas en la hoguera de amor. Ay Dios! qué trabajo!)

Luisa. Penetraste ya la causa de su arrobo?

Ben. Demasiado.

Como sin trato ha vivido, sordo y ciego á los encantos del sexò, ahora que de cerca los mira y oye, bufando los recibe como el toro las banderillas.

ESCENA XII.

D. Fernando y los dichos. D. Felipe al verle se levanta, le ase de un brazo y le sientan en su silla al lado de Ines.

Felip. Muchacho, venid acá, este es el sitio que os pertenece: ea, largo y tendido: desatad la lengua, el suspiro, el llanto: (mi amigo está aquí; mi amor *ap.* enmudeció, y para ahogarlo del todo):— Estais, señorita,

Se sienta junto á Luisa, pone una pierna sobre otra, y la habla con ahinco.

con ayre de darme un rato de conversacion? Ya veis, que aunque no soy vivaracho soy solteron y con rentas, buen humor y genio manso.

Fern. Amigo, yo no consiento:—
Se levanta D. Fernando.

Felip. Estais de amor rebentando, y me andais en cumplimientos? ea, pese á tal! sentaos,

Vuélvele á sentar, y él junto á Luisa.
y hablad, que hácia aquí nosotros procuraremos vengarnos.

Fern. Ay Ines! que para hablarte haga el enemigo hado necesidad la cautela!

Por quál error trastornáron los hombres la ley precisa de los afectos humanos? Ya en vano se aman dos almas, se corresponden en vano dos corazones, civiles intereses conjurados contra el recíproco afecto, le harán inútil ó infausto, con odios, persecuciones y enemistades. O! cuántos lloráron esta desdicha, y cuánto yo la he llorado!

Ines. Querrá el Cielo que se acaben nuestras penas y quebrantos, y amanezca mejor día á nuestro amor. Si duramos en nuestra empresa:—

Felip. Es verdad:

Don Felipe habrá estado atento á lo que hablan Ines y Fernando, y vuélve la silla hácia ella para decirle estas palabras.

aunque llovieran venablos contra mí, del Espinilla no seréis esposa. Al oaso: en qué estábamos?

A Luisa volviendo hácia ella la silla.

Luisa. En que no haceis mas que embelesaros,

y no escucharme.

Felip. Ya entiendo.

Luisa. Os soy en muy alto grado apasionada.

Felip. Ya entiendo.

Luisa. Porque aunque por mí no basto á juzgar:-

Felip. Ya entiendo:- Ines,

Vuelve otra vez la silla hácia Ines.

no hay que temer. Me he empeñado en cansaros, y con ello me he de salir, aunque á carros vinieran por vos Marqueses.

No es bueno que me ha enfadado *ap.* que hable con Fernando Ines, y no conmigo! Ah villano amor! ya me aprisionaste: celos tengo, soy tu esclavo.

Ben. Señora, qué hombre es aqueste? con treinta mil de á caballo dexadle, y váyase al Limbo.

Felip. Amigo, ya molestamos:

Levántase como despechado, y despues todos.

vamos de aquí. *Ines.* No, señor, bien sabéis quan deseado fuisteis y sois de esta casa.

Fern. Ahora, amigo, comenzamos á hablar: ya veis que el asunto es grave, y requiere espacio.

Felip. Ah Fernando!

Fern. Qué decis?

Felip. Ya os pesará el escucharlo.

Quisisteis que enamorara? presto querreis lo contrario.

Señoras, ingenuamente:

un momento mas no paro en vuestra presencia. Yo

me entiendo. Soy delicado

en ciertos puntos. A todos

estoy aquí haciendo daño.

A vos, porque os soy infiel. *A Fern.*

A vos, porque no os consagro *A Ines.*

mis oficios con pureza.

A vos, porque soy ingrato *A Luisa.*

al afecto que os merezco.

Ati, porque estás rabiando *A Benita.*

por irte de aquí á reir.

A mí, porque:- Me atraganto

al proferirlo, no puedo:

no estoy bueno: malo me hallo:

aquí en el pecho á la parte

del corazon:- No soy mármol,

soy hombre de carne y hueso,

como todos mis hermanos.

No quiero ser fementido,

ni esperar mas el amago

de un pesar que me atormente.

Si bien ó mal me he explicado,

no lo sé: sé que las lio,

y que en mi casa os aguardo.

A Fernando, y vase.

Ben. Agua va: terrible bestia

es el tal Filosofastro!

Ines. Le has desayrado, Luisa?

Luisa. Ni él sabe si yo le he hablado:

otra es la causa: hablaremos.

A ver á Silvestre paso

para dar un colorido

á esta fuga, que ha arruinado

sin duda nuestros proyectos.

No os detengais vos muchazo,

señor Don miel: acudid

á vuestro amigo y cuidadlo,

que es grande hombre, y no os riais,

que de todas veras hablo. *Vase.*

Fern. Es obligacion precisa:

á socorrerle volando

voy. Idolatrada Ines,

permíteme que al sagrado

vínculo de la amistad

dedique el tiempo que falto

á tus obsequios, que en ménos

obligacion emplearlo

fuera en mi caso imposible.

Ines. Va en buena hora, y respetando

la amistad, no de tu Ines

olvides el trance amargo

en que la ha puesto su suerte

desgraciada. Ah! si enojado

el Cielo no favorece

nuestros intentos, tus llantos

preven para mí sepulcro,

prevenlos. Ay! que angustiado

mi corazon en la muerte

hallará solo descanso.

Fern. Ah mi Ines! sin ti qué fuera,

qué fuera de tu Fernando!

ACTO

~~ACTO TERCERO. ESCENA I. Don Felipe, Don Fernando y Roque. Cuarto en casa de Don Felipe. Don Felipe paseándose melancólicamente, Don Fernando y Roque lo observan desde la puerta.~~

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Don Felipe, Don Fernando y Roque. Cuarto en casa de Don Felipe. Don Felipe paseándose melancólicamente, Don Fernando y Roque lo observan desde la puerta.

Felip. Mucho tarda. Con Ines quedó hablando: no es extraña su detencion. Con Ines! ya se vé, de tantas gracias apartarse es muy difícil. El diantre de la muchacha! nunca yo la viera. Y bien, señora ciencia, empleada por tanto tiempo en tener las pasioncillas á raya; soledad, retiro, estudio de qué me servis? De nada. La ciencia puede hacer justos: pero troncos? Patarata. Ya lo conozco, sí, y mucho que lo conozco. *Se sienta con fatiga.*

Fern. Extremada debe de ser su tristeza, quando así á sus solas habla.

Rog. Esta es costumbre de sabios, en las ocurrencias callan, como si hablar no supieran, y á sus solas se arrebatan, y garlan como cotorros.

Felip. Filosofía! qué fatua voz, para el que bien la entiende! Filosofía! se causa un pobre diablo en poblar su mollera (toda calva con la fuerza del estudio) de sentencias ponderadas con tono de magisterio: allá en su memoria estampa magníficos documentos, virtud, decencia, constancia, fidelidad, heroísmo. Y bien, qué tenemos? marcha nuestro sabio á una visita: vé á una mozuela agraciada,

festiva, ojos retozones, halagüeña, con tez blanca, y sonrosadas mejillas: á Dios: llevóse la trampa *Se levanta.* la ciencia del pobre sabio; y es preciso. Qué es estatua el hombre aunque sabio sea? Las pasiones sujetarlas á la razon, santo y bueno: quien de aniquilarlas trata, ó quiere engañar al mundo, ó él á sí mismo se engaña.

Fern. Gran leccion, amigo mio!

Felip. Me oisteis? Qué risa! Vaya: qué os parece un docto hablando consigo á solas? No espanta con sus arqueos de cejas, sus gestos y manotadas?

Rog. Energúmenos parecen.

Felip. Roquillo: perdona, y *marcha.*
Vase Roque.

Ahora bien: aquí á mi lado os sentad, y dos palabras escuchadme atentamente, y ved que son de importancia.

Fern. Ya os escucho. *Siéntanse.*

Felip. Pues, señor, por experiencia bien larga os puede constar que yo soy hombre de bien. *Fer.* Qué extraña proposicion! *Felip.* De espacitos yo por vuestra linda cara quise ser vuestro tercero en esa empresa endiablada de haceros de Ines marido.

Fer. Y de ello os doy muchas gracias, y os pido continueis, si vuestro mal no se agrava.

Fel. Qué mal? *Fer.* El que os afligió en casa de Ines. *Fel.* Qué gracia! quereis que mi mal no siga, y de su aumento me encarga vuestra inocencia! Tontuelo! sabeis de mi mal la causa?

Fer. Yo, cómo? *Fel.* Es una *vicoca*, tal es su maldita casta, que hasta con vos me indispone: ved si será extraordinaria, quando me hace intolerable

vues-

vuestra amistad. *Fer.* Despreciarla bien podréis vos; mas romperla, mientras duren en mi alma razon y agradecimiento, no le podréis. Sin tardanza decidme de vuestros males la ocasion, y acreditada veréis mi fineza al punto.

Fel. Así prometeis sin tasa? facilidad de muchacho: qué tal? si yo me agarrara de vuestra promesa ahora?

Fer. Hay mas que experimentarla? declaraos. *Felip.* Lindamente, y una vez que está empeñada vuestra amistad en servirme, lo que vuestro amigo os manda, es que abandonéis á Ines, porque enamorado se halla de ella vuestro amigo, y quiere hoy mismo la mano darla, si no lo habeis por enojo.

Fern. Ahora salis con tal chanza despues de tantos misterios? por Dios, que todo me hallaba temblando al veros tan grave ponderar las circunstancias de vuestro mal. *Fel.* Y qué es poco? Señor mio, aquella maula de Ines me ha desconcertado el corazon. De sus gracias me prendé: la traidorcilla me ha clavado hasta las cachas el puñal de su belleza: me es imposible mirarla sin sentir acá en el pecho un no sé qué, que me arrastra á estimarla, á apetecerla. Si este mal, amor se llama, estoy muy malo, muy malo.

Se levanta Felipe, y Fernando le sigue.

Fern. Hablais de veras?

Fel. Se tratan

nunca tan graves asuntos con ayre de bufonada?

Sí señor, si la vehemencia de mi amor no se declara en toda su fuerza ahora,

crecerá quanto mas vaya creciendo el trato. Ahora bien, ya está de muy mala data este negocio, y así, pues ni quereis que yo os haga una ruindad, ni yo quiero hacerla, dexadme en casa lograr mi antiguo reposo: ahora es pequeña la llaga, y admite cura: si vuelvo á ver á Ines, si á tratarla:— ya me entendeis; vos y yo obrarémos con infamia: yo por mal amigo, y vos por consentir que mi llama cada vez se inflame mas.

Don Fernando habrá quedado suspenso.

Qué decis? Ele? no encaxa mi arenga? *Fern.* Con que en efecto amais de veras? *Fel.* Hablaba yo con un sordo? Esto es bueno! Juzgais que no tengo alma yo tambien, ojos, sentidos, con todas las zarandajas de débil y de sensible?

Fern. Un Filósofo:— *Fel.* Extremada simpleza! Fernando mio, con sus apariencias bastas, su severidad, su ceño, sus sentencias pronunciadas con autoridad pomposa, un Filósofo se abrasa dentro de sí con las mismas pasiones, que acriminadas se oyen de su boca. Oid: el que sabe sujetarlas, es Filósofo; al que no, con toda la enorme carga de su ciencia, será solo como los mas, alma baxa.

Fern. Con que en efecto?

Fel. En efecto.

Fern. Con que si yo no mediara, vos casarais con Ines?

Fel. Como hay viñas.

Fern. Pues logradla en hora buena, y á Dios: si conseguis agradarla,

es vuestra, yo me retiro. *Quiere irse.*
Fel. Cómo es eso? habeis de amarla,

vive Dios, á pesar mio.
 Qué? se rompe una palabra
 tan fácilmente en asuntos
 tan serios? La teneis dada
 vuestra fe, habeis de cumplirla.
 Amarme Ines! linda traza
 tengo yo para querido
 de veras de una muchacha
 delicada, hermosa y tierna!
 mi amor propio no me engaña.
 Si otra fuera, puede ser,
 que quererme aparentara
 por mí hacienda; mas de veras?
 majadería, bobada.

Fern. Ines tiene mucho juicio,
 y sé bien que no se paga
 de apariencias personales,
 si no van acompañadas
 con la virtud. *Fel.* Y aun por eso
 á vos de veras os ama.
 No se paga de apariencias
 personales! si las halla
 unidas con la virtud,
 se pagará. Voluntaria
 no amará nunca una niña
 á un hombron tosco, de rara
 figura, y con sus cincuenta
 Navidades á la espalda.
 Si por su juicio le elige,
 vivirá martirizada
 con resignacion. En fin,
 ella á vos está inclinada,
 y arrancarla de vos fuera
 violentar su repugnancia
 para hacerla miserable.

Fern. Y qué no está violentada
 cruelmente por su hermano?
 Si de auxiliarme se aparta
 vuestra amistad, nunca Ines
 será mia: de la avara
 condicion de Don Silvestre
 no hay que esperar sino infaustas
 opresiones. Al Marques
 otra vez querá entregarla,
 y en tan dura alternativa
 vos mereceis, cosa es clara,

ser preferido. Servidla,
 amigo mio, agradadla,
 y hacedla vuestra, que el trato
 borrará las circunstancias
 desagradables que ahora
 en vos advierta. Mis ansias
 se darán por muy contentas,
 de que ya que me separa
 mi suerte de Ines, su mano
 consiga quien estimarla
 sabrá, quien agradecer
 el don precioso que alcanza.

Felip. Buen marido haréis sin duda,
 quando con paciencia tanta
 os resignais! Señor mio,
 haya estorbos ó no haya,
 que yo rabie, que yo ahulle,
 Ines por mí su desgracia
 no llorará, será vuestra.

ESCENA II.

Roque y los dichos.

Rog. Un Oficial de la Sala
 os busca. *Felip.* Oficial á mí,
 que ni pleyto ni marañas
 tengo, ni espero decretos
 que me notifiquen? Anda,
 dile que entre. No sé á qué
 vendrá ahora esta embaxada.
 Oficial! de tales gentes
 ni la vida solitaria
 se libra.

ESCENA III.

Roque, un Escribano y los dichos.

Felip. Y pues, qué se ofrece,
 amigo mio? *Escrib.* Me mandan
 que os notifique en el dia
 esta providencia. *Felip.* Vaya,
 si á mí me embisten con pleytos,
 que huyo de los hombres, larga
 debe de ser la cosecha
 de esta maldita zizania.
 Veamos.

*Don Felipe alarga la mano para tomar
 el papel que habrá sacado el Escribano:*
este lo retira; y con tono pesado di-
ce todo lo siguiente.

Esc. Mi obligacion
 es leer. *Fel.* Oigan! qué cara

de vinagre! *Esc.* Y he sabido hasta ahora desempeñarla con acierto. *Fel.* Y bien? y qué?

Esc. Y es notoria mi eficacia en cumplir mi obligacion.

Fel. Pues lleve el diablo tu casta, quién te lo niega? *Esc.* Quarenta años, y quatro semanas hace que me examiné, y en este tiempo:- *Fel.* Despachas, ó te rompo la cabeza?

Fern. Amigo, aquí no se gastan sandeces; haga su oficio, ó váyase. *Al Escribano.*

Esc. Es que alargaba el señor la mano, y yo sé leer. *Fel.* Quanto va que salta por el balcon el señor Don Oficial? *Esc.* Vaya en gracia. *Saca los anteojos, póneselos, y lee tartamudeando.*

El Señor Don Alonso Ramirez, del Consejo de S. M. su Alcalde de Casa y Corte &c. Ea la causa, que por delacion de hoy se debe sustanciar contra Don Felipe Cisneros, mando, que para diligencias quede este por ahora arrestado en su casa, se tome razon de sus bienes, á cuyo efecto se comisiona el Escribano Simon Trompeta, (servidor de Vms.) ínterin pasa su Señoría personalmente á continuar las diligencias.

Y firma su Señoría segun costumbre: miradla.

Fern. Amigo, qué es lo que he oido? qué desdicha no esperada es esta? *Fel.* Yo no lo sé: solo sé que si pillara aquí al impostor infame, que ha tramado esta maraña, no se riera el perverso de su calumnia. Esto pasa en el mundo? A tanto llega la iniquidad inhumana de los hombres, que no sirve, que no aprovecha, no basta

huir de ellos, evitarlos, para que tranquila y salva viva la inocencia? *Fern.* Amigo, si conoceis que está sana vuestra conciencia, pensad que este infortunio os prepara nueva gloria, lustre nuevo. Por algun tiempo ofuscarla podrán vuestros enemigos; pero al fin verán burlada su iniquidad. *Fel.* Eso es: y en tanto que de la manta tira el diablo y se descubre, que sufra penas amargas el hombre de bien, que aguante el descrédito, la infamia, los males que le ocasiona un vil impostor. Me sacan de mí, sin que esté en mi mano, estas cosas: ahí es nada! Envidias, odios, calumnias, persecuciones, venganzas, degollarse unos á otros, quitarse el honor, la fama, destruirse, desmentir los hechos con las palabras, armarse lazos ocultos, y con infiel confianza preparar alevosías para que triunfen la trampa y el vicio de la virtud, que es siempre sencilla y franca. Si estas son allá en el mundo las mas comunes hazañas, digo, el que las vé y las sufre, podrá en paciencia llevarlas?

Fern. Y si para tales lances no os aprovecha la sábia Filosofía, á qué efecto con tanto ardor cultivarla? El hombre justo, seguro con su inocencia, no infama su valor con la flaqueza del lamento. La constancia es el dote mas precioso de la virtud: á las almas débiles tocan las quejas, y el temor á las malvadas.

Fel. Muy bien dicho; si señor:

está la tierra plagada
de vicios, y la señora
Filosofía muy mansa,
flemática y pachorruda,
con indolencia insensata
los ha de ver, sin que un pito
se le dé de que se vayan
los hombres á los infiernos.
Señor mio, á mí me enfada
toda ruindad; en los hombres
veo solo una camada
de lobos, que se devoran
después que ejercen su saña
sobre la res inocente.
Y pregunto: á quién le causa
gusto verse acometido
de uno ó mas lobos, que tratan
de pillarle descuidado
para hacer de él su vianda?
A mí no me espantan penas:
tengo para tolerarlas
valor; pero no le tengo
para sufrir con helada
indiferencia la furia
ya sorda, ya declarada
con que á degüello se tiran
esas bestias sanguinarias,
que sellaman hombres. Vamos, *Al Esc.*
señor Don plomo, á otra estancia,
y entregaré los papeles
de mis haciendas y alhajas.

Vase con el Escribano.

Fern. Roque, qué es esto? *Roq.* No sé:
de mí solo se acompaña
mi amo, y siempre inculpable
le he visto. *Fern.* Desdicha extraña!
De qué sirve la virtud?
mi amistad en qué se para?
Buscaré al Juez, le instaré,
y si á librarle no bastan
mis diligencias, conmigo
dividirá sus desgracias.

ESCENA IV.

*Ines, Luisa, Benita, Don Silvestre y
dichos. Al tiempo de irse D. Fernando
salen D. Silvestre y Damas.*

Sil. O mi señor Don Fernando?

Fer. Guárdeos Dios. *Vase sin hacer caso.*

Sil. Qué patarata

será esta? A bien que en él
no libro mis esperanzas.

Ines. Luisa, no viste aquello?

Luisa. Ya voy viendo que no cuajan
nuestros ardides. *Sil.* Qué hay *A Roq.*

de nuevo, amigo, que estaba
la puerta abierta, y en ella

dos hombres como de guardia,
que á fuerza de muchos ruegos
nos permitieron la entrada?

Pasábamos en el coche
por aquí, y estas muchachas
no pudieron resistirse

á la atención cortesana

de ofrecerse á vuestro amo

personalmente. Está en casa?

Roq. Sí señor. *Sil.* Pues avisadle.

Roq. Ay, señor, que algun canalla
le ha perdido! *Sil.* Le ha perdido?

Luisa. Qué sucede? en qué te paras?

por qué lloras? *Roq.* Ahora mismo
de arrestar á mi amo acaban,
y de embargarle la hacienda.

Ay, amo mio! *Sil.* Caramba!

Luisa. Y en dónde está preso?

Roq. Aquí.

Sil. Y dices que secuestradas
están todas sus haciendas?

Roq. En este negocio andan
allá dentro. *Sil.* Lo he sentido

ciertamente; me gustaba
el buen Don Felipe: sí,

en efecto, su cachaza

era singular. El pobre

tropezaría en la falta

que todos los sabios. Ellos

en proferir no reparan

proposiciones. No hay duda:--

la libertad con que hablan:--

son terribles! Vamos, niñas,

que no es aquí de importancia

nuestra presencia, y corremos

mucho peligro. *Ines.* Así tratas

á quien por consejo tuyo

esta visita excusada

le hemos hecho? Así le dexas,

des-

despues que darle pensabas
mi mano? *Sil.* Pues qué hay en esto
de extraño? Toda es mudanzas
esta vida: el que hoy prospera
se vé abatido mañana;
y el hombre prudente debe
no dar lugar á que caiga
sobre él la agena ruina.
Don Felipe me agradaba
para cuñado, mudóse
la suerte, ya no me agrada.
Todos así lo executan,
y él mismo lo executara
conmigo: qué es poco asunto
verse enredado en la trama
de una causa criminal,
sin que un quarto á mí me vaya
en ello? *Sí:* pues es cierto,
que son pocos los que pagan
lo que no deben, tan solo
por querer meterse en danzas,
que ni les tañen ni tocan.
Tú de estas cosas, hermana,
no entiendes. Vamos corriendo,
que el Marques estará en casa
esperándonos, y es justo
no darle poste. *Ines.* Me pasma
tu indignidad, me horrorizan
costumbres tan inhumanas,
tan bárbaros sentimientos
en quien mi hermano se llama.
A lástima no te mueve
la infelicidad que agrava
á un hombre, á quien poco ha
tú mismo lisonjeabas,
y su deudo apetecias?
Ah! qué vileza! Ea, aparta
tu presencia de este sitio
donde habitan hermanadas,
á pesar de este infortunio,
la fe, la amistad, la santa
beneficencia, que un hombre
que hasta aquí virtudes tantas
supo exercer tan constante,
no es posible que pasara
tan presto á la iniquidad,
que algun malvado le achaca
para oprimirle. Anda, evita

tu peligro con la baja
disculpa de tu prudencia,
y permite que la flaca
firmeza de una muger
te enseñe la ley sagrada
que la humanidad impone,
la inefable ley que manda
condolernos de los males,
y auxiliar en sus desgracias
á los infelices. Ea,
vete. *Luisa.* *Sí,* Silvestre, anda,
no pares aquí un momento,
que suelen salir muy caras
estas generosidades:
nuestro sexô se arrebata
fácilmente, y á la vista
del riesgo no se acobarda.
Quando tropieza ocasiones
de dolor, corre con ansia
al socorro: ya se vé,
son locas y atolondradas
las mugeres, y aun por eso
es quizá con ellas blanda
la justicia, quando acuden
á las desdichas. Mirarlas
con frialdad y aun con placer,
es grandeza reservada
para los hombres. En ellos
son mas fuertes las entrañas,
son héroes, ya me hago cargo,
y es preciso que no caigan
en flaquezas mugeriles.
Ellos son grandes, si matan,
si destruyen, si persiguen,
si subyugan, si maltratan:
quando degüellan son héroes,
magnánimos quando abrasan
y asolan. Acá nosotras,
que somos, y así nos llaman,
animales imperfectos,
nos hallamos destinadas
á obrar con debilidad;
toda pena nos desmaya,
toda desgracia nos duele,
y corremos á aliviarlas
por lo mismo. O! las mugeres
son locas y atolondradas.

Ben. No son sino verdaderas

heroínas. Noramala para los hombres : hicieran lo que nosotras , y hallaran mas suavidad en la tierra, costumbres ménos tiranas, y mas placer y sosiego. Por su voluntad nos tratan de animales imperfectos; y ellos que todo lo mandan tienen arruinado el mundo, que es perfeccion extremada. Sil. Ea , si empiezan , ni el diablo que las sufra : con su labia querrán precisarme ahora á que yo saque la cara por un hombre delinquente, que la Justicia afianza, y con razon , pues lo hace. Ahora bien , señoras sabias, vamos de aquí. A Dios, amigo. *A Roq.*

ESCENA V.

Juez, Alguaciles, D. Fernando y dichos. Coge de los brazos á las dos para llevarselas, y al tiempo de marchar sale el Juez con Alguaciles y D. Fernando; D. Silvestre al verlos se queda cortado.

Fern. Estas , señor , son las Damas que os he dicho , y el hermano.

Juez. Ya estoy. Os puedo dar gracias, porque á los primeros pasos de tan peligrosa causa, encontrándome, pudisteis darme para rematarla suficiente desengaño.

Señoras , sino me engañan mis noticias , me parece que es de muy grande importancia vuestra asistencia á mi lado en esta ocasion. No salga nadie de aquí ; mientras yo no mande dar puerta franca.

Sil. No lo dixes ? me han perdido por vida: Si es solo gana de perderse el hacer bien.

Señor , ved que con incauta *Afligido.* seguridad la desdicha nos ha traído á esta casa, sin saber ni presumir

las maldades que fraguaba su dueño. *Juez.* Y quién os ha dicho, que son acciones malvadas las que este mal le ocasionan? Sabed que hay mucha distancia de ser infeliz , á ser delinquente. Oia , Carranza, andad , y al Marques de Espina buscadle ; y aquí sin falta traedle ; sabéis quien digo?

Alg. Bien lo conozco.

Fern. Ahora estaba en este café vecino.

Al pasar le ví en la sala haciendo corro con otros.

Juez. Hablando mal de la patria que ellos corrompen , tachando con estupendas bobadas lo que no entienden , mintiendo y murmurando. Así pasa su tiempo la gente culta, mientras la tosca se afana para el ocioso regalo de esa caterva insensata. Ahora bien , señoras mías, aunque los Jueces recatan por lo comun sus designios, tal vez por no dar entrada á la malicia ó empeño, las diversas circunstancias pueden hacer que esta regla no nos fuerce á su observancia perpetuamente. A lo ménos yo tengo por mas hidalga conducta evitar delitos, que buscarlos. Ni me llama tampoco la inclinacion á la tela enmarañada de los litigios. Sus pasos son , quanto mas se dilatan, mas arriesgados. Se da lugar á que en busca vayan de valedores las partes, á que con nuevas y falsas cabilaciones y enredos, las cosas en sí mas claras se hagan obscuras ó inciertas. Se acumulan las falacias,

los ardides , los embrollos
enormemente , se agavan
las cosas , compareciendo
con mayor bulto , y turbada
la justicia en el obscuro
laberinto de tan varias
incidencias ; quando quiere
determinarse en las causas,
perplexa y tímida tiembla,
porque se halla de luz falta.
Lo digo , porque yo siempre
he querido mas cortarlas
en su origen , que esperar
á que influya la tardanza
con su incertidumbre en ellas.
Es una gran patarata,
segun creo , la que aquí
me ha traído , muchachada
de un calavera. El Marques
ha acudido esta mañana,
delatando á Don Felipe
de haberle con toda instancia
intimidado un desafío.
En su prudencia y sus canas
tal delirio es increíble.
Por otra parte declara
este Caballero , que es
efecto de una venganza
tal acusacion. Pretendo
cargarlos : solo falta,
por lo que á mi intento importa,
que allá dentro retiradas
estas señoras esperen
mi decision. *Ben.* O! bien haya
mil veces Juez tan prudente!
Bendita sea su alma,
y Dios le prospere , amen.
En estos sí que se ama
la justicia : en los Nerones
tiene malísima cara.

Ines. Señor , que mireis os ruego
por el sosiego y la fama
de un inocente : lo está
Don Felipe.

ESCENA VI.

Don Felipe , Escribano y dichos.

Fel. O!a! gallarda *Viendo á las Damas.*
visita. Señor , venis *Viendo al Juez.*

por mí? ya está despachada
la diligencia primera;
vamos pues á la posada *Al Juez.*
del poco pan! sufrirémos
mientras la cosa se aclara:
y despues me marchó á un monte
á vivir entre chicharras.

Me aturdirán : lindamente:
aturden , pero no dañan.

Esc. O hay aquí mucha inocencia,

Al oido al Juez.

ó mucha malicia. *Juez.* Braba
bachillería! su oficio,
quando se lo manden , haga;
y nunca , ya se lo he dicho,
me anticipe en las instancias
su parecer. *Fel.* Seo Escribano,
ustedes son lindas maulas:
con estas indirectillas
van preocupando con maña
el ánimo de los Jueces,
y las sentencias amasan
á su modo : si yo fuera
Magistrado , me pagaran,
vive Dios , cada indirecta
con cepo de seis semanas.
Señoras , yo en tan mal tiempo
tanta dicha no esperaba:
visitar á un delinquente,
aunque es accion muy humana,
es accion muy afligida.
Amigo , de aquí llevadlas, *A Silvest.*
y mientras esté en la cárcel,
para nada , para nada
se acuerden de mí : son buenas,
y no quiero que estén malas
ni melancólicas. Vamos,

Con demostracion de quererlas ha-
cer salir.

que bien podré acompañarlas
hasta la puerta. *Juez.* No pueden
faltar de aquí : anticipadas
me debeis muchas ideas
de vuestra inocencia. Estancia
no hay aquí donde estar puedan
ocultas aquestas Damas,
mientras acá ventilamos
este negocio? *Luisa.* Yo osara

dar medio para acabarle brevemente, si estas faldas no tuvieran contra sí la opinion de poco aptas para tan graves asuntos.

Juez. Mi opinion es muy contraria.

Oigo á todos, y de todos me informo. Sin repugnancia decid lo que se os ocurra; que aunque veáis en mi garganta la golilla, no hallaréis ni sequedad ni arrogancia, ni desprecio en mi atencion. Se precia mucho de urbana mi Judicatura. Vamos.

Luisa. Pues en esa confianza, permitidme que os suplique una merced. *Juez.* Otorgada, si es justa.

Luisa. Sí? pues os ruego que en esta pieza inmediata os ocultéis, y dexéis, que aquí yo quatro palabras hable con nuestro Don Lindo, y vos, señor, escuchadlas atentamente.

ESCENA VII.

Un Alguacil y los dichos.

Alg. El Marques

esperando en la antesala está. *Juez.* A buen tiempo: alto pues, qué se pierde en que se haga esta experiencia? Tal vez por no prestarse á una rara diligencia, queda incierta la verdad, y castigada la inocencia. *Fel.* Oxalá así todos los Jueces pensaran: pero el amor propio:- Vamos, estas son historias largas. Nos escondemos? *Juez.* Venid vosotros: en tanto que hablan aquí, estad allá fuera; *A los Ministros.* y entre el Marques. *Vanse los Alg.*

Fel. Quién, quién, el mandria de Espina? Y ese mocosito interviene en esta danza? ya no espero cosa buena.

En fin, allá se las hayan. *Escóndese.*
Luisa. Benita, quédate aquí, y apoya con eficacia quanto yo diga. Es preciso sonsacarle. *Ben.* Sí? en la trampa caerá, ya estoy.

ESCENA VIII.

Espina y dichos.

Esp. Pues, Luisa, tú aquí? Quién es de esta casa el dueño? Aquí me han traído diciendo que un Juez me llama. Dónde está? A qué soy llamado?

Luisa. Con que tú, donde te hallas ignoras, mi Marquesito?

Esp. Nada me ha dicho el canalla que me ha traído: el gran bestia, por mas que yo le apuraba, nada ha querido decirme, solo que un Juez:-

Luisa. Qué bobada! si dixera que un Fiscal, ó mas bien una Fiscal, tal vez hubiera acertado. Ah infiel! mira como anda por ti una mísera amante.

Esp. Y qué es ello? *Luisa.* Deseaba hablarte á solas, traidor. Qué, de esta suerte se engaña á una muger principal? Ya sé todas tus marañas, y para que de una vez de tales cuidados salga mi pasion, con el ardid que has visto, así disfrazada á esta casa te he citado, donde tengo confianza, porque la habita un amigo.

Espin. O amiga: me alegro: vaya: con que zELITOS? muy bien: miren lo que el diablo fragua quando sopla á las mugeres! Yo pensé que me llevaban á un castillo, y por remate salimos con esta pata de gallo. Si sen el diantre? Pero anímate, muchacha: te quiero, sí, voto á tantos,

así como dos migajas;
y ahora mismo en el Café
á los amigos estaba
diciendo, que estás por mí
muertecita y traspasada
de parte á parte. Te alabo
quando se viene rodada
la ocasion, mira si te amo.

Benit. Sí, y la degüella y la mata
á pesadumbres: si ella
ménos tierna se mostrara,
vos la tratarais mejor.

Espin. Pues yo puedo mas que amarla
mas que á otras diez que pretenden
conquistarme? Me da rabia
con esas impertinencias.
Cuidado que son cansadas
é insufribles las mugeres
quando de veras nos aman!
Todos son celos, malicias,
presunciones temerarias,
acechos, quejas, desean
las voluntades esclavas:
y lo yerran, como soy;
porque en amor manga ancha,
quererse mucho, va bien,
pero incomodarse, nada.

Luisa. Ah infiel! Yo sé que á otro objeto:-

Espin. Hay tal porfia! Te engañan
si te han chismeado alguno.
Pudiera, es cierto, á manadas
tenerlos; pero, Luisita,
donde estás tú todas baxan
el cuello en mi corazon;
á repelones tratarlas,
bromear, pasar el rato,
y hacerlas rabiarse de gana,
porque no me pillan: esto
ya ves que es cosa que pasa
por diversion: que no es justo
que un hombre de circunstancias
sea uraño ni cazurro.

Luisa. Mi Marques, quien siempre anda
distruido no ama mucho,
elvida pronto, y allana
el paso á otro amor, del modo
que hoy se ha visto, verbi gracia.
Si no adoraras á Ines,
dime, infiel, desafiaras

por su causa á Don Felipe?

Benit. Líbrese de la pedrada,
señor Marques. Qué maldad!
á un tiempo engañar á entrambas.
Que por casarse con ella
lo posible se afanara,
ya que su palabra dió,
vaya con Dios: pero amarla
tan de veras, que pretenda
hacerse dueño á estocadas
de su mano, interviniendo
las seguridades dadas
á esta infeliz; esta, amigo,
es mucha traicion, y:-

Espin. Acabas,
parlera de los demonios?
Mira, Luisa, hay gran distancia
de casarse á cortejar:
pero hallándose empeñada
mi opinion, no era posible,
que á un rival yo tolerara
tranquilamente. No amo
á Ines. *Benit.* Y por ella trata
de matarse. *Espin.* Callas?

Benit. Callo.

Espin. No ama siempre el que se casa.

Benit. Quien no ama no desafia.

Espin. Otra? me voy sino callas.

Luisa. Déxale: desea irse,
y aparenta que se enfada.
Déxale, á ver como urde
la disculpa. *Espin.* Tú me matas,
Luisa, con esas cosas.
Sobre que no ha sido nada,
nada, nada, una friolera.
Tuvimos unas palabras
Fernando y yo; se cruzó
á defenderle el fantasma
de Don Felipe. Le dixe,
me dixo, acudió á la zambra
muchu gente y se acabó.

Luisa. Pero allí quién provocaba
á quién? *Espin.* Yo estaba ofendido:
y nadie jamás me ultraja
impunemente. El Fernando
hace demasiada gala
de oponerse á mis designios,
sus altiveces me cansan,
donde yo estoy nadie triunfa.

Luisa. Pues bien, doy que se pican
tu vanidad ó tu amor,
de ver que otro le aventaja
en el aprecio de Ines.
Don Felipe, di, qué causa
te dió para que vilmente,
sí, aleve, le delataras,
y trates de su ruina?
La pasión que te arrebató
bien se vé en esto. Tú adoras
á Ines, porque mas disfrazas
tu pasión. *Espin.* Mi pasión? ya
va. *Luisa.* Pues por qué?

Espin. Machaca:
dale: el tal Don Fantasmon
quiso lograr la alabanza
de ser á mí preferido.
Se me vino con brabatas;
vaya á Oran, y allí verémos
si triunfa de mí. No faltan
testigos á quien los compra,
ya tengo tres. *Luisa.* Es bizarra
la acción! otro en este caso
tuviera por mas honrada
la de haber salido al campo
á ventilar con espada:-

Espin. También yo hubiera salido,
si el parage señalara;
mas no se atrevió. Es cobarde,
y como á tal se le trata
bien, echándole á un presidio.

ESCENA IX.

Don Felipe y dichos.

Felip. Amigo mio, mil gracias
por la caridad. *Espin.* Pues vos:-

Felip. Envayne usted, seor Carranza,
y oigame dos palabritas.
Quien calumnia, quien delata
iniquamente, qué pena
merece? *Espin.* Luisa, esta trama
se me ha urdido? *Benit.* Todos somos
texedores: vaya, vaya,
responda clarito y presto.

Felip. Le ahorraré con mi templanza
el rubor de su locura.
Por senda méanos ingrata
echemos, señor Marques.
Bien sabeis la repugnancia
de Ines hácia vos; sabeis:-

Espin. Soldaduras excusadas;
me has vendido: bien está:
se acabó: ya serán vanas
tus súplicas, tus afectos
inútiles. Mi constancia
será ya toda de Ines.

ESCENA X.

Ines y dichos.

Ines. Si Ines quisiere aceptarla.

Esp. Cómo? dónde estoy? qué es esto?

Ines. Caballerito, cachaza.

Tanta merced os haceis,
que solo por vuestra cara
creeis que debe recibiros
por marido qualquier Dama,
sin que os merezca un cuidado!
Pues cierto son para amadas
vuestras prendas! Delatador,
calumniador con jactancia
de serlo: corazón doble,
que al mismo tiempo que casa
con una, pretende á otra
para mantener la infamia
de un comercio escandaloso.
Virtudes tan rematadas,
bien merecen ciertamente
justa y merecida paga.
Sois en todo abominable,
y yo os pago con una alta
abominacion. *Espin.* Sí? viva.
Mi frescura aquí me valga,

que sino esto va perdido. *ap.*
Ines. Luisa, si enojadas
estais, buen provecho. Toma,
qué tremolina levantan
por una gran bagatela!
Tú, Inesita, te me enfadas,
porque, casando contigo,
te dexo libertad amplia
para entrar, salir, volver
y hacer quanto te dé gana?
Qué tonta! Pues en el dia
solicitan las que casan
otra cosa? Vaya que eres
antigua y engolillada,
si las hay. Pues digo, estotra
con escondites me anda
para averiguar sus celos.
Es este el siglo de Wamba?

Señoritas , nuevos tiempos,
nuevas costumbres. *Felip.* Y santas.

Espin. En fin , veo que mi intento
de haceros felices , falla
por ser vosotras muy tontas.

Voyme pues donde me aguardan
otras que saben vivir:
alegres , desahogadas:-

Felip. Adúlteras , disolutas,
escandalosas , libianas.

Esp. Qué decís?

Felip. Pongo unas notas,
que vuestro concepto aclaran.

Esp. Vos sois:-

Felip. Yo soy , señor mio,
quien debe á vuestras patrañas
la gloria de verse preso:
y pues al rostro no os saca
los colores la vergüenza
de ver aquí acreditada
vuestra conducta , una cosa
decidme , y luego:- *Esp.* Matraca
y á ello ! Hay tal machacar !
en fin , en vano trabajan
los que con tontos se mezclan.
Para siempre á Dios , Madamas.

ESCENA XI.

El Juez , Silvestre y los dichos.
Quiere irse , y salen los demas ocultos.

Juez. Y adónde bueno ? *Esp.* Señor:-

Sil. No creyera lo que pasa,
si no lo vieran mis ojos.

Esp. Perfidia tan inhumana
quándo se vió ?

Juez. No es perfidia
lidiar con las mismas armas;
si vuestra superchería
formalmente se probara
en un juicio , yo os prometo,
que no os saliera barata
la ligereza. He sabido
la verdad , sin que os costara
rubor ni perjuicio alguno
la obligacion de apurarla
que hay en mí. Para castigo
de vuestra imprudencia basta
veros aquí convencido
á juicio y vista de tantas
personas de honor ; y si esto

no os corrige , en mí se halla
autoridad suficiente,
para que sin otras causas
á lo que hoy os disimulo
le dé su valor mañana.

Que me excuseis os suplico
la necesidad infausta
de portarme como Juez.

Felip. Hele , amigo ? se devana
los sesos ? hace muy bien,
si con el sonrojo labra
su enmienda. Venga un abrazo,
y que se lleve la trampa
nuestras quejas. *Esp.* Estoy muerto.

Felip. Lo siente ? bien va : no es mala
señal : él podrá ser bueno:
pero , sí ! si se acompaña
con los suyos , ya le veo
que segunda vez resbala,
y se rompe las narices.

Juez. Y de qué modo le quadran
estas cosas al señor
Don Silvestre ? Y bien ? *Sil.* Me pasma
quanto he visto. *Juez.* Yo confío,
que pues la primer palabra
se dió al señor Don Fernando,
llevará á bien no quebrarla
segunda vez. *Fern.* Que me oigais
os suplico. Que entre quantas
venturas pudiera yo
gozar , es la soberana,
la mayor verme enlazado
á las adorables gracias
de Ines ; mi afecto lo ha dicho
en las repetidas ansias
con que perderla he sentido.
Ella fué de mi constancia
el único objeto ; ella
benignamente inclinada
á mis ruegos aceptó
mis deseos. Se pagaba
mutuamente el amor nuestro,
fundado en las esperanzas
de una union apetecida,
que á su término llegara
sin zozobras , sin tropiezos,
si la inclinacion extraña:-
En fin , fué desventurado
nuestro afecto , y esto basta.

Las resultas dolorosas,
que ocasionó esta desgracia,
todas las sufre mi amigo;
por mí la clausura grata
de su retiro rompió
para entregarse á la infausta
solicitud de una vida
turbulenta y afanada,
que le repugna. Por mí,
no rezeló pasar plaza
ménos decente en el mundo,
poniendo á riesgo sus canas,
y su juicio entre las gentes.
Yo le expuse á que prendada
su voluntad del hechizo
de Ines experimentara
nuevo linage de penas,
que aunque agradables afanan,
y con los placeres mismos
oprimen y sobresaltan.
Por mí, en fin, el trance duro
sufrió, que mas dolor causa
al hombre de bien: se ha visto
juguete de la asechanza
de unos zelos insensatos,
ó emulacion temeraria,
perseguido, aprisionado,
sujeta su tolerancia
á la opinion maliciosa
de los hombres, siempre vaga,
y siempre maligna. Y yo
despues de tales y tantas
penas por mí padecidas,
me resolveré á pagarlas
con un nuevo sentimiento?
Ines mia, á ti te ama
este amigo generoso;
y quando te rinde el alma,
quien tan hermosa la tiene,
no dudarás aceptarla,
pues vale mas que la mia,
y la mia en ella se halla.

Tan debido sacrificio
débanos la amistad santa,
y el digno agradecimiento
á quien con mano tan franca
procuró hacernos felices
á costa de su desgracia.

Ines. No mas: quiero yo á mí misma
deberme (y estoy ufana
de poderlo hacer) accion
tan debida. Si se pagan
tales generosidades
con mi mano, aquí se halla
pronta á unirse para siempre:-

Felip. Fernando, Ines, qué bobada!
qué sandez! lloro de gozo:
yo privarte, yo privarla
de la tierna inclinacion
que os domina, que os enlaza?
Venid acá: mil abrazos
dadme: gocen vuestras almas
los placeres inocentes
de la pasion que os inflama,
y debeis gozar vosotros,
tú muchacho, ella muchacha.
Gustad, gustad las delicias
del amor en dulce calma,
y en venturosa inocencia.
Yo viejo ya, y á quien llama
la muerte con presto paso,
en soledad retirada
viviré huyendo del mundo,
y aborreciendo su ingrata
turbulencia; y mi consuelo
será saber que se llaman,
y son por mí venturosos
dos corazones que pagan
con la virtud, los deseos
de un amigo que los ama.
Y para que lo exerciten,
que lleven siempre estampada
esta leccion, y á ser lleguen
lustre y honor de su patria.

F I N.

CON LICENCIA: EN Valencia: En la Imprenta de Joseph de Orga,
donde se hallará, y en Madrid en la Librería de Quiroga,
calle de las Carretas. Año 1796.